TEATRO
MODERNO

11608

50 CTS

16

VICTOR GABIRONDO
MANUEL DIEZ G. AMARILLAS

UN PROGRAMA POLITICO

Gago
XXXI

UN PROGRAMA POLITICO

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unprogramapoltic20016fodo

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

V. Gabirondo y
M. Díez G. de Amarillas

UN PROGRAMA POLITICO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Adaptación a la escena española de «Margarita de Navarra», de

LADISLAO FODOR

Se estrenó con gran éxito la noche del día 12 de marzo de 1931 en el Teatro Infanta Beatriz, de Madrid.

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 25 - IV - 1931 NÚM. 292

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elena, duquesa de Arthal	*María Luisa Romero.*
Amalia, doncella	*Celia Reina Barrios.*
Angelita Harsten, tiple de opereta	(Cuando se estrenó esta obra suprimió este personaje.)
Justina, mecanógrafa	*Emilia Ordóñez.*
Tomasa, ama de gobierno	*Juana Manso.*
Leonor, manicura	*Carmen Cachet.*
Camila, cocinera	*Marcela Urcelay.*
Mauricio, duque de Arthal	*Ricardo Calache.*
Antonio Demontal, jefe político	*Domingo Rivas.*
Rhubel, diputado	*Pedro Oltra.*
Casimiro, mayordomo de la Casa de Arthal	*Alfredo Macías.*
Roberto Grim, auxiliar de la Presidencia del Consejo de ministros	*Antonio Gandía.*
Miller, funcionario de la Presidencia	*Antonio Vázquez.*
Juan, ayuda de cámara del duque de Arthal	*Francisco Pizá.*
Sendell, portero de la Presidencia del Consejo de ministros	*Francisco P. García.*
Marqués de Rigart, ministro de Obras Públicas	*A. Palomino.*
Fernando Poret, personaje político	*Antonio Sánchez.*
Bernardo, chofer	*Antonio Calero.*
Carlos Arnault	*N. N.*
Un ministro	N. N.
Otro ministro	N. N.

Epoca actual. Derecha e izquierda, laa del actor.

La acción en un país indeterminado.

ACTO PRIMERO

Es de noche. Habitación del palacio de los duques de Arthal con puerta al foro, que deja ver otra estancia de la casa. Derecha, un balcón; izquierda, puertas practicables. Penden de las paredes varios retratos de nobles señoras y varones graves, y hay en los huecos que se señalan colgaduras de vistosas telas. Muebles elegantes y severos de estilo español. En un rincón, chimenea sin lumbre. Sobre un mueble, cerca de una de las laterales de la izquierda, un teléfono portatil provisto de largo cordón que queda oculto hasta el momento oportuno en la lateral.

(Cuando se alza el telón no hay nadie en escena. Suena el teléfono y llega por el foro Casimiro, patilludo mayordomo de la casa, setentón, con cara de buena persona.)

CASIM. *(Hablando por teléfono.)* Diga... Sí; el palacio del señor duque de Arthal; pero yo no soy el señor duque... ¿Que soy un imbécil?... ¿Que sí? ¡No, señor! Soy Casimiro, el mayordomo de la casa... ¿Eh? *(Aterrado.)* ¿Que es usted el duque?... ¿Será posible?... ¿El señor duque? ¿El señor duque de Arthal?... Perdone vuecencia... Yo creía a vuecencia en París... No había reconocido a vuecencia... Tiene razón vuecencia: soy un imbécil... *(Demostrando gran extrañeza.)* ¿Cómo?... ¿Que ha llegado con la señora duquesa?... ¿Pero... qué duquesa?... Perdone vuecencia. Es una broma, ¿verdad, señor duque?... ¿Debo reírme?... *(Se ríe.)* ¿Que no?... *(Brusca transición a la seriedad.)* ¡Ah!... ¡Ya!... Un matrimonio súbito en París, hace tres días... Comprendido. ¿Los señores duques van a cenar en casa? ¡Ah! En el gran hotel. Perfectamente, dentro de diez minutos estará ahí Bernardo con el coche. A las órdenes de vuecencia. *(Se retira del teléfono.)*

612350

¡Que se ha casado! *(Pausa.)* ¿Y para qué que-
rrá una mujer propia el que tenía como propia
todas las mujeres ajenas? *(Se acerca a un timbr
y llama espaciando las llamadas. Primero un tim
brazo, después dos, luego tres y así hasta cinco
Según van sonando los timbrazos, van llegando
Juan, ayuda de cámara; Bernardo, chofer; Camila
cocinera; Amalia, doncella, y Tomasa, vieja am
de gobierno; según llegan, Casimiro les indica, si
hablarles, el sitio en que se han de colocar
quedan todos en fila, demostrando gran curiosi
dad por el misterio e interés de que Camisir
rodea la escena.)* ¿Estamos todos? *(Los cuenta.*
Uno, dos, tres, cuatro y cinco. *(Señalando haci
el foro y como si contase.)* El portero, seis, y e
jardinero, siete... Falta uno. ¡Ah, yo!... No m
he contado... *(Transición.)* Tomasa, desde ahora
tendrá usted ama y ama que la gobierne... Bueno
que intente gobernarla... Porque eso de endereza
una encina centenaria...

TOMA. ¿A quién llama centenaria? ¡Pero si es uste
de la quinta de Mahoma, señor! ¿Y se pued
saber qué quiere usted decir? ¿De qué ama habla

CASIM. Atiendan, oigan y enmudezcan. Quiero decir qu
lo que voy a notificar lo van a escuchar cinc
momias. *(Mirando a Tomasa.)* No es alusión.

TOMA. ¡Y dale!

CASIM. No es alusión a su ya lejano nacimiento, señora
sino sólo recomendaries silencio sepulcral par
la noticia bomba que les voy a dar... El seño
duque se ha casado. *(Incredulidad en todos, qu
hablan a la vez.)*

JUAN ¿Qué?

AMAL. ¿Cómo?

TOMA. ¿Cuándo?

CASIM. Como se casa un hombre: casándose. *(Adem
de bendecir.)* y sin saber lo que hace. Acaba d
comunicármelo por teléfono el mismo señor du
que, que ha llegado con la señora duquesa. Tú
Bernardo, prepara el «roll» y vete al Gran Ho
tel, donde los señores estarán cenando. Adorn

el búcaro con azahar... Bueno; con azahar ya no, con otras flores.

BERN. Perfectamente. Se hará. Hasta luego. *(Mutis foro.)*

CASIM. *(A Camila.)* Desde mañana la cocina será francesa. La señora duquesa es del propio París.

CAMILA Francesa para los señores y cosmopolita para la servidumbre. Yo al menos.

CASIM. Usted hará lo que le manden. *(A Amalia, mientras se va Camila murmurando.)* Y usted bajará al jardín y preparará unas flores..., un buen ramo; dígale al jardinero que sea bueno.

TOMA. Pues ¿qué ha hecho el jardinero?

CASIM. ¡Cállese usted!

JUAN ¡Es el ramo, señora, el que ha de ser bueno!

TOMA. ¡Ah!

CASIM. *(A Amalia.)* Pongalo en la habitación contigua a la del señor duque y arréglela para recibir dignamente a la señora duquesa.

AMAL. Descuide usted.

TOMA. ¡La señora duquesa!... ¡Jesús, Jesús, Jesús, Jesús! ¡Lo oigo y...!

AMAL. Es realmente increíble.

JUAN Nunca se le oyó hablar de matrimonio.

TOMA. Les juro a ustedes que no salgo de mi asombro. ¡Casado! ¡El señor duque casado!...

CASIM. ¿No se casó usted?

TOMA. ¿Y qué tiene que ver ahora mi casamiento?

CASIM. Que después de eso no se debe usted asombrar de nada.

TOMA. ¡Señor mayordomo!...

JUAN *(A Amalia.)* ¿Y tú, cuándo te casas?

AMAL. Pasado mañana.

TOMA. Es verdad. Amalia se nos casa.

CASIM. Cinco años lleva diciendo lo mismo... Y ese pasado mañana no llega nunca.

AMAL. Cinco años hace que mi novio está deseando casarse; pero es que siempre que se decide ocurre una catástrofe.

JUAN ¿Cuál?

AMAL. Que cae el Gobierno.

CASIM. ¿Y a usted qué le va y qué le viene con la situ-
ción política?

AMAL. Por desgracia, mucho. Mi novio es el chofer
la Presidencia del Consejo de Ministros. Cuan
cae el Gobierno se pasa todo el día en el au
y no le queda tiempo «para el detalle» de casars
Pero ahora el Gobierno está seguro y...

CASIM. *(Que vuelve por el foro con una carta. Pis
dole la frase.)* Para ti. Es urgente. Acaba de s
birla el portero.

AMAL. *(Tomando, nerviosa, la carta.)* ¡De mi novi
Conozco su letra. ¡Tiene unos rasgos! Si es
carta se hubiese retrasado tres días, yo, al re
birla, podría decirles a ustedes *(Muy contenta
ilusionada.)*: «¡Es de mi marido!» *(Rasga
sobre y lee rápidamente la carta en voz ba
Brusca transición de la alegría a la desilusión
Pero no... *(A punto de llorar.)* No se lo di
(Entrega la carta a Casimiro.)

CASIM. *(Leyendo.)* «Apreciable Amalia: Es imposible q
pasado mañana vayamos por la Vicaría. El p
sidente ha presentado la dimisión y estoy todo
día sentado en el auto.»

CAMILA ¡Pobre Amalia! *(Y se va por el foro.)*

AMAL. *(Gimoteando.)* ¿Por qué habrá aquí estas blrr
de Gobiernos y no como los de otros países, q
duran años y años?

TOMA. *(Tomando compasiva del brazo a Amalia.)* Ve
para acá, hijita, y no te desazones por los ho
bres. *(Mirando a Casimiro.)* El mejor, ahorcad
Te lo dice quien ha enviudado tres veces.

AMAL. *(Haciendo con Tomasa el mutis por el foro.)* D
pués de enviudar tres veces, bien se puede h
blar mal de los hombres. Pero es que yo
me he casado ¡ni una vez todavía!

CASIM. *(Que se ha quedado solo con Juan en la escen
Juan, desde hoy tiene usted una obligación m
en la casa: oler el correo.

JUAN ¿Oler ha dicho?

CASIM. Oler las cartas que lleguen para el señor.

JUAN *(Muy digno.)* Oiga usted, don Casimiro, que un ayuda de cámara no es un «foxterrier».

CASIM. ¿No le paga a usted el señor para que le sirva con sus cinco sentidos?

JUAN Sí, señor.

CASIM. Pues uno de los cinco es el olfato.

JUAN Me ha convencido usted. ¿Y qué hay que hacer?

CASIM. Ponga usted atención y apunte.

JUAN *(Sacando papel y lápiz.)* Apunto.

CASIM. Perfume de acacia: carta de «la Brillantina», cupletista. Romperla.

JUAN Romperla.

CASIM. Rosas blancas: de Consuelito Mever...

JUAN La bailarina que se convida a comer todos los jueves.

CASIM. La misma.

JUAN Había sacado abono.

CASIM. Romperla. Clavel: de Mary Berlange, tiple ligera.

JUAN *(Incisivo.)* ¡Muy ligera!

CASIM. Romperla también.

JUAN ¿Quedan más?

CASIM. Aún faltan algunas. Lilas: Lilí la Lela, artista de «music-hall». Esta chica es una soñadora: lo que se dice una apasionada, una devota del señor.

JUAN ¿Le da por la iglesia?

CASIM. Le da... por multiplicarse. Cada año un bebé.

JUAN Hará colección.

CASIM. Yo no sé lo que hace; pero la hace. La llaman «la Romántica».

JUAN En mi pueblo... no la llamarían eso. ¿Romperla?

CASIM. Claro. Artistas de opereta. Angelita Hartsen. Aquí no hay nada que oler. La pobrecita mía no sabe escribir. Va usted a verla y le dice que esto se ha terminado. Se indignará, chillará como cuando canta.

JUAN Y hasta puede que se la oiga.

CASIM. Chicas del conjunto. Esto lo arreglaremos con una carta colectiva que llevará usted al Teatro Frivolite. Todas fingirán sentirlo mucho. A la que más se aflija la invita usted a cenar y no pasará nada. Sin derrochar, procure quedar bien.

JUAN Muy bien.

CASIM. Bien nada más.

JUAN Es un decir...

CASIM. Género trágico: Rebeca Fillol. Una visita, como a la señorita Hartsen, y le dice usted lo mismo. Se desmayará. No se preocupe. Está acostumbrada a desmayarse todas las noches en escena, y lo hace con bastante propiedad. En el tocador tiene un frasquito con amoníaco para las manchas. Hágaselo oler...

JUAN ¡Amoníaco! Mi pobrecito padre le tenía una tirria que sólo con se lo mentasen se accidentaba.

CASIM. Ahora, encienda usted la chimenea. *(Juan obedece.)* No estaría de más que procurase usted que esas mujeres le entregasen las llaves que tienen de esta casa. Prestaría usted un buen servicio al señor duque si lo lograse.

JUAN Se intentará. *(Se oye lejos un claxon.)*

CASIM. Ahí están los señores. Vávase, Juan. *(Mutis Juan por foro. Casimiro se coloca firme, estirado, inmóvil, junto a la puerta del foro. Mauricio, duque de Arthal, y Elena; de treinta años él; de veinte, ella. Cuando entra la pareja, Casimiro se inclina reverentemente.)*

MAURI. Ya estamos en casa, Elena. Ya estamos en nuestro nido.

ELENA ¡Es precioso este gabinetito. *(Por Casimiro.)* ¡Ah! ¿Un criado?

MAURI. El mayordomo. El buen Casimiro, de quien tanto te he hablado.

CASIM. *(Muy conmovido y respetuoso.)* Señora... Señora mía... Hoy hace cuarenta años que en esta misma habitación yo aguardaba a otra joven duquesa. *(Mira el retrato de señora y después a Elena, a quien sonríe embelesado.)*

ELENA Me sonríe. Este hombre participa hoy de nuestra felicidad, Mauricio.

MAURI. Asegúralo. *(Se acerca a Casimiro y le da afectuosos golpes en el hombro.)* Casimiro me quiere bien.

CASIM. ¡Cuarenta años en la casa, señor.

ELENA *(Mirando el retrato de señora.)* También parece que me sonríe esta señora. ¿Tu mamá, verdad, Mauricio?

MAURI. Sí: mi pobre madre.

ELENA ¡Qué guapa era! *(Al retrato.)* Buenas noches, señora. Soy la mujer de su hijo. La pido que me reciba con cariño. También yo la querré... ¿Ves, Mauricio? Parece que me sonríe... En esta casa me sonríe todo. *(Casimiro se seca las lágrimas.)*

MAURI. ¡Encanto mío! ¿Pues no ha de sonreírte a ti, que me has traído la felicidad?

ELENA *(Señalando a un retrato de hombre.)* ¿Tu papá?

MAURI. Sí, Elena.

ELENA Este señor ya me mira más serio.

MAURI. No te extrañe. Mi padre fué un hombre de Estado. Seis veces presidente del Consejo de Ministros. El cargo le agrió el gesto, no el carácter, que en el fondo era todo bondad y cariño para los suyos. ¿No, Casimiro?

CASIM. Cierto, señor. El señor duque era muy bueno. El señor duque era un santo.

MAURI. Ya lo oyes. *(A Elena.)*

ELENA *(A Casimiro.)* Casimiro, ¿querrá usted hacerme un favor?...

CASIM. ¡Señora! Yo no puedo hacer un favor a vuecencia. Yo no puedo, sino con lágrimas de alegría, de un pobre viejo, cumplir las órdenes de la señora duquesa...

ELENA Quiero conocer a la servidumbre.

CASIM. *(Haciendo mutis foro.)* Ahora mismo, señora.

ELENA Este viejo mayordomo te adora, Mauricio. Creo que también llegará a estimarme a mí, porque he de ser buena con él.

MAURI. ¿Y cómo no habrá de estimarte, ángel mío?

ELENA ¡Cuánto me gusta esta chimenea! Aquí *(Sentándose.)*, en estas butacas... ¡qué felices horas nos esperan, Mauricio! Mira este leño grande que arde. Al consumirse en su propia llama, prende en el otro chiquitín de al lado, que se abrasa

también. Parece que se buscan las llamas de ambos, que se acarician y abrazan y luego forman una sola que quiere como subir al cielo. Así deseo yo, Mauricio, que este amor en que me abraso prenda en tu corazón y encienda un cariño eterno, como eterna ha de ser la compenetración de nuestras almas, fundidas en un mismo deseo de amor... Tengo un capricho, Mauricio un capricho algo raro...

MAURI. ¿Qué capricho podrías tú tener que yo no satisficiera a costa de un imposible? ¿Alguna joyanenita?

ELENA ¡Oh! ¡Tantas me has regalado ya!... Me gustan las joyas porque me sirven para adornarme con ellas para ti. Cuanto me sea útil para agradarte, me gusta; pero no suspiro por alhajas. Mi capricho no es cosa de dinero.

MAURI. Pues tú dirás...

ELENA Yo no sabía que la felicidad era el amor. Ahora sí lo sé. Ni sabía tampoco que es algo inagotable, mejor dicho, que nos hace avaros de ella misma. Felicidad pide, exige mas felicidad... Por eso yo, que soy feliz, muy feliz, busco refinamiento a este bien que poseo... *(Con risa nerviosa.)* ¡Je, je!... ¿Ves? Ya estoy nerviosa.

MAURI. Habla, corazón.

ELENA Te vas a reír...

MAURI. No; te prometo estar muy serio. Seré un hombre de palo.

ELENA ¿No te reirás?

MAURI. *(Riendo.)* No.

ELENA Pues... allá va: ¿cuántos días hace que nos conocimos?

MAURI. *(Calculando.)* Dieciocho.

ELENA Eso es. Dieciocho. En dieciocho días nos hemos visto..., nos hemos enamorado..., nos hemos casado... y hoy somos maridito y mujer...

MAURI. Justo. Creo que ha sido aprovechar el tiempo.

ELENA *(Como en un soliloquio.)* ¡Marido y mujer!

MAURI. ¿Te parece poco? ¿No querrás que a esta hora hubiese enviudado alguno de los dos?

ELENA ¡Calla! Marido y mujer... Sí; lo somos; pero lo que no hemos sido es novios.

MAURI. Tienes razón; casi, casi no lo hemos sido. Se nos ha olvidado ese detalle.

ELENA Pues mi capricho es precisamente...

CASIM. (*Que llega por el foro. Desde la puerta.*) Señora. La servidumbre viene a ponerse a las órdenes de vuecencia. (*Penetran Tomasa, Amalia y Camila.*)

MAURI. (*Haciendo la presentación.*) La buena Tomasa. Lleva en casa veinticinco años. ¿Verdad?

TOMA. Veintiséis, señor; veintisiete hará por San Pedro.

MAURI. Amalia, la que será tu doncella; buena muchacha, prudente, leal, calladita. Camila, una verdadera artista de la cocina...

CASIM. Falta Juan. Ha salido. (*Cambiando un gesto de inteligencia.*)

MAURI. (*A Elena.*) Al chofer, al portero y al jardinero ya los has visto. Poca servidumbre es; pero te diré, hijita, que para mi solo, me sobraba; ahora habrá que aumentarla. Tú dispondrás.

ELENA ¿Aumentarla? ¡No! Creo que no será necesario.

CASIM. (*Aparte, muy complacido.*) ¡Es una hormiguita!

ELENA (*A Amalia.*) Tienes unos ojos muy bonitos, Amalia.

AMAL. Señora, muchas gracias. Los ojos de la señora con que me mira los ojos.

ELENA ¿Cuántos años tienes?

AMAL. Veinte, si la señora no dispone otra cosa.

ELENA ¡Ja, ja! Somos de la misma edad. ¿Seras buena conmigo?

AMAL. (*Enternecida.*) Yo querré mucho a la señora duquesa... y serviré a la señora con toda mi alma.

ELENA (*A Mauricio.*) Ya tengo en la casa dos amigos.

MAURI. ¡Apenas llegaste, los has conquistado.

AMAL. (*Tratando de ayudar a Elena a quitarse el sombrero y el abrigo.*) Si la señora me permite...

ELENA No; gracias. Yo puedo sola. Acompañame a mis habitaciones. (*A Mauricio.*) Hasta luego, señor marido... (*Marca el mutis por una de las laterales de la izquierda, que Amalia le indica. Amalia le cede el paso, respetuosa. Elena se dirige a la*

cocinera y le advierte:) Por mí no varíe la co cina. Las costumbres que tuviera el señor, esa se seguirán.

CAMILA Señora, la cocina en esta casa era una república cada «una» de las que venían a comer pedía una cosa distinta...

CASIM. *(Con un gesto enérgico le hace enmudecer, y en seguida interviene.)* Cada «una»... Cada «una» de las personas invitadas.

AMAL. Por aquí, señora. *(Mutis de Elena y Amalia po la izquierda.)*

CASIM. *(A Camila.)* Usted, con el solomillo y las perdi ces hará en la cocina verdaderas preciosidades pero hablando es un troncho. Ha estado usted a punto de provocar el primer conflicto conyu gal. No olvide usted que a una cocinera la len gua no debe de servirle sino para guisarla bien ¡Retírese! *(Mutis de la servidumbre por el foro.)*

MAURI. *(Con sigilo.)* ¿No habrás olvidado lo que te en cargué?

CASIM. Juan está ya en movimiento, señor.

MAURI. ¿Crees que devolverán la llave esas mujeres?

CASIM. Unas sí y otras no. Habrá que cambiar la ce rradura de la verja.

MAURI. Sí. Estás en todo. Haz que la cambien. Y líbrame de todas ellas; pero sin escándalo.

CASIM. Esté tranquilo el señor. Se las ahuyentará.

MAURI. Ahora retírate, buen Casimiro.

CASIM. Señor...

MAURI. Sé lo que quieres decirme: que sea muy feliz Lo soy, Casimiro; lo soy.

CASIM. Pues que el señor descanse; que descansen los señores. *(Mutis foro.)*

MAURI. Adiós, Casimiro. Buenas noches. *(Se sienta junto a la chimenea, de espaldas a la puerta de la izquierda, por donde desapareció Elena. Suena el teléfono y acude, alarmado, al aparato.)* Esta es Angelita... No; «la Brillantina». No; es la llamada de Lilí. Estas mujeres me van a comprometer. ¡Se ha terminado! *(Descuelga el auricular y vuelve a la butaca, en la que queda co-*

mo en sopor. Llega por la izquierda Elena, despojada del abrigo, y al verle se acerca a él de puntillas y le tapa los ojos con las manos.) El perfume de mi mujercita... Las manos de mi mujercita... *(La besa las manos y la hace sentarse sobre sus rodillas.)* Siéntate aquí; mírame y háblame, y dime que me quieres.

ELENA *(Acomodandose.)* ¿Así?

MAURI. Así. Como dos novios.

ELENA ¿Se sientan así los novios? ¡Lo que nos hemos perdido, Mauricio!

MAURI. Quise decir... como dos amantes... ¡Ea! Dime qué capricho es ese que tienes. Estoy rabiando de curiosidad.

ELENA Pues..., pues... quisiera... Quisiera que fuésemos novios un rato.

MAURI. Eres mi mujer, que es más.

ELENA Pero no he sido tu novia.

MAURI. Bueno; pues seremos novios una hora. No más porque estoy rendido y quiero acostarme pronto. Y tu, nenita, ¿no... no tienes sueño?

ELENA *(Que ha comprendido el alcance de la pregunta.)* ¡Tonto!

MAURI. Vamos. Aprovechemos el tiempo..., que es la obligación de toda pareja enamorada... Hablemos como novios. ¡Tendría gracia que ahora rompiésemos las relaciones! Íbamos a vernos muy apurados para estar de monos como novios, y querernos mucho, como marido y mujer.

ELENA Oye, Mauricio: nunca me has hablado de ti..., de tu pasado. ¡Y sé que has corrido mucho! ¡Mucho!

MAURI. ¡Mucho! Pero te disgustarías.

ELENA ¡Oh, qué bobito! ¿Crees que me voy a enfadar? No; antes no me pertenecías; tu pasado no me importa. Es que me hacen gracia tus calaveradas. Dime: ¿quién fué... tu primera amiga?

MAURI. Mi primera amiga fué Clotildita.

ELENA ¿A qué edad la conociste?

MAURI. Teníamos los dos la misma edad: tres años.

ELENA No bromees..

MAURI. Te aseguro que Clotildita fué mi primera, mi mejor, quizá mi única amiga. Ambos llevábamos vestiditos iguales. El pantalón no establecía diferencia de sexos. Ella jugaba con mis caballos y yo con sus muñecas. Pero un día me vistieron el primer pantalón...

ELENA Ya; y tu primera hombrada fué besar a Clotildita.

MAURI. No. Y eso que era muy besucona. Un día estábamos en el campo y yo me subí a un árbol para cogerle albaricoques. Mi primera hombrada fué comerme los albaricoques y tirarle los huesos. Aquella fué mi primera y única ventaja sobre las mujeres. Yo me divertí entonces con Clotildita; pero luego bajé del árbol y..., ¡ay!, de entonces acá todas las mujeres se han divertido conmigo. *(Aparece en el foro Casimiro, que al verlos se azora y trata de retroceder.)* ¿Qué hay Casimiro? No te asustes. De estas escenas tendrás que presenciar muchas.

CASIM. Perdonen los señores; pero tengo que comunicar al señor una noticia urgentísima: acaba de llegar una visita.

MAURI. ¿Te has vuelto loco? ¿Una visita a estas horas? ¡Sea quien sea, que se marche! ¡Dile que estoy cansado, que me voy a acostar, que vuelva mañana, o que no vuelva!

CASIM. Con perdón del señor, a esta visita no se la puede despedir así como así. Es...

MAURI. ¡Así fuera el nuncio!

CASIM. Este señor no es el nuncio; pero es el presidente del Consejo de Ministros y quiere ver a toda costa al señor.

MAURI. ¿Qué? ¿El presidente en mi casa? ¿Y qué quiere en ella a estas horas y en un día como hoy?

CASIM. El señor presidente ignora sin duda que se ha casado el señor.

MAURI. Pues díselo y que nos deje en paz.

CASIM. Señor, a un presidente del Consejo de Ministros no se le puede decir que se marche.

MAURI. Precisamente al presidente y al Gobierno enter

se les dice muchas veces que se marchen. Lo que ocurre es que no hacen caso.

LENA Yo creo que debes recibirle, Mauricio. Cuando viene a verte a estas horas es por algún asunto grave. Eres diputado, jefe de una minoría en el Congreso...

AURI. ¡Bah, bah, bah! ¡Yo no soy más que un recién casado!... En fin, lo recibiré. *(Mutis de Casimiro por el foro.)* Un momento, Elena. Perdóname, hijita. *(Mutis de Elena por la izquierda. Antonio Demontal por el foro; es un hombre de cincuenta años.)*

NTO. ¡Querido duque! He venido a escape a verte. Te felicito. *(Le abraza.)*

AURI. ¿Cómo? ¿Te has enterado?

NTO. ¿Eh? ¿Yo, presidente del Consejo de Ministros, no había de saberlo? ¿Ocurre algo en la nación que yo no sepa?

AURI. ¿Pero tanta importancia le das a la cosa que vienes a felicitarme a estas horas?

NTO. *(Sorprendido.)* ¿Importancia? ¡Friolera! A tu edad, ¿qué mejor que esto te podía ocurrir?

AURI. ¿A mi edad?... Confieso que diez años más tarde no me habría producido igual alegría. Porque ciertas cosas a ciertos años...

NTO. Te diré. Claro es que en la flor de la vida son más agradables los halagos de ésta. Pero también los ha habido que a los sesenta o setenta llegaron a lo que tú y cumplieron.

AURI. Sí... Los menos, desengáñate.

NTO. Evidente. Conste que quise venir a felicitarte esta tarde, apenas lo supe; pero el temor de no encontrarte en casa y el haber tenido que ir a Palacio por tercera vez con motivo de mi dimisión...

AURI. *(Sin dar mucha importancia a la crisis.)* ¿De modo que has caído? Lo siento, amigo Antonio; lo siento de verdad.

NTO. ¡Bah! No tiene importancia. He sido tres veces jefe de Gobierno, y volvere a serlo algunas más. Lo importante ahora es lo tuyo. ¡Me alegro! *(Abrazándole.)* Y te felicito, te felicito.

MAURI. ¡Es extraño! Lo he llevado tan en secreto... ¿ quién te ha enterado de mi matrimonio?

ANTO. ¿Qué? Pero ¿te has casado?

MAURI. Hace tres días, en París. ¿Pues no me dijis que lo sabías?

ANTO. ¿Qué había de saber? ¡Ja, ja, ja! ¡Enorm ¡Colosal! Que se ha casado. ¡Ja, ja, ja! Pe dona, Mauricio; pero no lo puedo remedian ¿Y se puede saber quién es tu mujer?

MAURI. Elena Riviere, hija del prefecto del Sena.

ANTO. Te vuelvo a felicitar. *(Al ver el auricular del léfono descolgado lo cuelga.)* ¡Ya podía yo l mar hace un rato!

MAURI. ¡Ah! ¿Eras tú quién llamaba? Perdóname; podía figurármelo, y para evitarme molestias El teléfono y el despertador serían dos chism ideales... si no sonasen nunca. Bien; ¿quier decirme a que es debida tu agradable visita estas horas?

ANTO. Pero, hombre, ¿no adivinas?

MAURI. ¿También he de adivinar?

ANTO. ¡Pobre duquesa, qué desencanto va a sufrir!

MAURI. Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto lo Antonio?

ANTO. Digo que la compadezco, porque ella, como tú. estará rendida del viaje... y deseando descans Y, sin embargo, es probable que, como tú, te ga que pasarse la noche en vela. *(Estrechan la mano a Mauricio.)* Mauricio: tengo el gusto saludar en ti al nuevo presidente del Consejo Ministros.

MAURI. ¡Que te aten!

ANTO. Te juro que es verdad y que he venido a com nicártelo. ¿A qué otra cosa vendría si no?

MAURI. ¿Yo? Yo el presidente del Consejo. ¡Ja, ja, j ¡Enorme! ¡Colosal! Perdona, Antonio; pe no lo puedo remediar. ¡Ja, ja, ja!

ANTO. ¿Se puede saber de qué te ríes?

MAURI. ¿De qué he de reírme? De esa tontería que a bas de decir. Siempre creí que la política es u solemne idiotez. Si soy diputado y jefe de u

minoría en el Congreso, es sólo por tradición, porque lo fueron mi abuelo y mi padre.

NTO. También fueron presidentes del Consejo de Ministros los dos. ¿Crees tú que el ser nieto de tu abuelo e hijo de tu padre no te da derecho a serlo también?

AURI. Pero ¿hablas en serio?

NTO. Completamente en serio. Y te digo, duquesito de mi corazón, que eres tonto. Yo he conocido infinidad de presidentes del Consejo que no creían nunca en su caída; pero en su nombramiento creyeron todos.

AURI. Te burlas. Esta es una apuesta entre unos amigos...

NTO. Esto es un encargo que te traigo de quien ha podido dármelo.

AURI. ¡Es que yo no sé una palabra de gobernar!

NTO. Bueno.

AURI. ¡Ni de administración pública!

NTO. ¡Ni falta que te hace! Para algo hay buenos funcionarios. Un gobernante firma y en paz.

AURI. ¡Que no estoy preparado, amigo Antonio! ¡Que he vivido siempre alejado de la política! ¡Que no me ha importado un rábano! ¡Que no he dicho en el Congreso esta boca es mía!

NTO. Eso ya se encargan otros de decirlo. Porque no has pronunciado discursos, no has dicho las tonterías que los demás. Un hombre como tú es el que está haciendo falta. Los otros, ya sabe el país lo que pueden dar de sí. De ti puede esperarlo todo. Eres como un melón en el mercado. ¿Quién sabe lo que encierras?

AURI. Gracias. Pero hay en el partido melones, digo, políticos con brillante historia.

NTO. Políticos desacreditados en quienes nadie cree. La nación necesita hombres nuevos como tú, que prometan... por no haber prometido... Y si no aceptas no habrá más remedio que allanar el camino a la oposición y darle el gobierno. O tú, continuador de la obra de tu padre, o Rhubel con su gente.

MAURI. ¡No, no! Eso sería el caos. ¡Rhubel, no! Pe piensa en otro. Yo no tengo condiciones de g bernante.

ANTO. ¿Qué dices? ¿Pero qué condiciones se necesit para gobernar? ¿No eres tú lo que se dice hombre representativo?... Tienes un partido lo en el sector femenino que es un formidable se tor de opinión... Tu historia amorosa es brillante.

MAURI. ¡Déjate de bromas!

ANTO. Te digo muy en serio que todo eso debe expl tarlo un político.

MAURI. Y yo te digo que no acepto. Acabo de casarm

ANTO. ¿Y qué son una mujer y un hogar al lado de patria que te necesita? ¿Y eres tú, tú, un Arth el hijo de aquel gran patricio *(Señala a un r trato.)* el que así se expresa? Pero ven a r zones, Mauricio: ¿ignoras que las mujeres ad ran y admiran a los hombres cumbres? ¿No lo demuestra así el apego de todas las esposa hijas, hermanas de los gobernantes al coche o cial? ¡Ríos de gasolina le cuesta al Estado es Tu misma mujer, viéndote elevado al puesto m preeminente de la política, verá tu figura ag gantada...

MAURI. ¡No tientes mi vanidad ni mi cariño a Elen *(Suena el teléfono y acude Mauricio al aparato* Sí; es la casa del duque de Arthal. ¿Y ahí? ¿Palacio?... Muy bien; diga... ¿El presiden del Consejo? Sí... Se encuentra en mi casa Ahora mismo viene al teléfono. *(A Antonio.)* llaman de Palacio.

ANTO. *(Al teléfono.)* Diga... ¡Ah! Aquí estoy, marqué convenciendo a nuestro hombre, que por na quería aceptar la Presidencia. ¡Caso inaudit ¿Verdad?... Mucho..., mucho trabajo me ha co tado; pero, al fin, acepta. Sírvase usted com nicar a quien corresponda que mañana, a l diez, irá a Palacio el duque con la lista del nu vo Gobierno. A su disposición. *(Cuelga el au cular.)* ¡Ya no hay remedio! ¡Señor president otro abrazo. *(Se abrazan.)*

AURI. *(Anonadado.)* ¿Y qué hago yo ahora?

NTO. Ahora, señor presidente, piense, idee un programa de gobierno que expondrá a los jefes de grupos. Los he citado aquí. No prescindas de ellos, porque serás hombre muerto. En cuanto a Rhubel, es un cordero disfrazado de leopardo. Mucha maña para trastearle. Y no olvides nunca que a los políticos se les desarrolla hasta la maravilla el afecto familiar. ¡No hieras nunca a un político en un sobrino! Vuelvo a Rhubel: su táctica es parecer adversario irreconciliable del Gobierno. Aunque esté contigo a partir un piñón, como no estéis solos no dejará de representar ni un momento el papel de enemigo que en el reparto de la farsa política se reservó. Sobre todo, en la Cámara te tirará a degüello, te triturará si puede.

AURI. ¡Es un consuelo!

ASIM. *(En el foro.)* Señor... *(Presenta una bandeja con tres tarjetas.)*

AURI. *(Leyendo.)* Fernando Poret, Carlos Arnault, el marqués de Rigart, ministro de Obras públicas.

NTO. Los entretendré cinco minutos mientras tú pergeñas ese programa. Hay que ultimarlo todo esta noche. Mañana, la jura, y por la tarde, al banco azul.

AURI. ¡El banco azul!

NTO. Es un banco muy particular. Ya verás. El que se sienta una vez, no sabe levantarse. Pero le levantan. Hasta ahora. *(Mutis foro.)*

AURI. *(Solo, paseándose muy preocupado.)* Se imagina éste que preparar un grograma de gobierno es organizar una jira a unos amigos.

ENA *(Asomándose a la lateral por donde desapareció.)* ¿Te dejaron ya?

AURI. *(En brusca transición a la alegría.)* ¡Elena! ¡Elena mía, abrázame! *(Elena acude a abrazarle.)* ¡Abraza al presidente del Consejo de Ministros!

ENA *(Parándose sorprendida.)* ¡Eh! ¿Y por qué he de abrazar yo a ese señor?

MAURI. ¡Abrázame! *(Elena le abraza)* ¿Sabes a quién has abrazado? ¡Al jefe del Gobierno!

ELENA ¿Al je... fe del Go... bierno? ¡Oh, qué vergüenza! En este momento me parece que me ha abrazado todo el país. *(Transición.)* Pero ¿es verdad? ¿Me hablas en serio?

MAURI. ¡Y tan verdad! Soy el presidente.

ELENA *(Muy tranquila.)* Muy bien.

MAURI. ¿Pero no te sorprende esto?

ELENA No. El hombre que yo amo puede llegar a serlo todo. Yo lo creo así. Y serás un buen presidente. Yo te ayudaré.

MAURI. ¡Tú!

ELENA Yo. Presidiremos, digo, gobernaremos los dos, porque me tendrás siempre a tu lado.

MAURI. Pero si alguna vez, por los deberes del cargo, estoy lejos de ti, no te alarmes.

ELENA No hablemos de eso. *(Con gatusería.)* ¡Es ya muy tarde, Mauricio!

MAURI. Voy un momento a la biblioteca.

ELENA Permíteme que te diga que estas horas no son precisamente horas de leer. ¡Es muy tarde, Mauricio!

MAURI. He de repasar el programa político de mi padre... Necesito un programa.

ELENA ¿Para hacer feliz al país?

MAURI. Por lo menos para hacérselo creer.

ELENA Yo tengo un programa. Te lo presto!

MAURI. ¿Tú? ¡Ja, ja, ja!

ELENA *(Llevándole junto a la chimenea, le hace sentar.)* Cuando yo me educaba en el Sacre Coeur, las colegialas nos referíamos nuestros ensueños de chiquillas. La una quería ser reina de un país fantástico, donde todo los súbditos se dedicasen a la elaboración de chocolate... para poder atracarse ella de bombones. Otra anhelaba ser princesa de una nación en que todos trabajasen a destajo en la fábrica de muñecas, patra ella. Otra...

MAURI. ¿Y tú?

ELENA Yo quería ser soberana de un país en el que todos

mis súbditos tuviesen un hogar; en la casita una chimenea encendida, como ésta; junto a la chimenea, una mujer enamorada; a su lado, una cunita, y en ella, un niño o una niña... Porque—pensaba yo—si todos los hombres tuviesen un hogar y un amor, serían felices.

AURI. *(Burlón.)* Muy bonito... Muy sentimental. *(Transición a la alegría y la sorpresa.)* ¡Elena de mi alma, me has salvado! ¿Sabes lo que acabas de decirme? ¡La idea fundamental de un programa político. Justo... Hogar... Amor... Paz... Familia... *(Toca un timbre.)* ¡Asombroso!

ASIM. *(En el foro.)* Señor...

AURI. Que pasen esos señores.

ELENA Pero ¿tienes visita todavía?

AURI. El presidente dimisionario y algunos políticos.

ELENA Es muy tarde, Mauricio.

AURI. Procuraré terminar pronto. Perdóname, hijita; pero esos señores y la patria aguardan.

ELENA ¡También te aguarda tu mujer! *(Mutis de Elena por la lateral por donde vino y de Casimiro foro.)*

AURI. Un hogar. Una chimenea encendida... *(Arrojando algunos leños a la chimenea.)* Esta chimenea se apaga... Una mujer enamorada... Una cuna... Un par de gemelos... *(Por el foro, Demontal, con Fernando Poret, Carlos Arnault y marqués de Rigart. Los tres últimos llegan muy alborozados y estrechan la mano a Mauricio y le abrazan.)*

PORET ¡Querido duque, cuánto me alegro!

ARNA. ¡Amigo Arthal, mi más cordial enhorabuena!

AURI. Gracias, amigo Poret. Muchas gracias, Arnault. *(Al marqués de Rigart)* ¡Muy bien ese discurso en la Academia! Lo he leído en la Prensa.

RIGART ¡Bah, una futesa! Pero ¿le ha gustado?

AURI. ¡Cómo no! Admirable.

RIGART Pues una futesa. No hubo preparación alguna; fué necesario replicar y surgió la improvisación... Pero venga un abrazo, querido presidente; un abrazo cordial, amigal, afectuoso y sincero. *(Abraza a Mauricio.)*

AURI. ¡Querido ministro!

RIGART No me llame usted ministro. Soy dimisionario. El marqués de Rigart no es más que un cadáver, políticamente considerado. En otro aspecto, un vivo que anda arrastrando como puede, por la vida, un hígado empedrado y un estómago que es una birria.

MAURI. ¿Se encuentra usted peor de esos malditos cálculos biliares?

RIGART En este momento, sí. Y el caso es que durante los seis años, cuatro meses y trece días que he sido ministro de Obras públicas, no me ha molestado la piedra... ¡y he digerido adoquines!

ANTO. Concretemos, señores, que el tiempo es oro. El nuevo presidente tiene la palabra.

MAURI. Señores, permítanme ante todo una confesión que no es inmodestia. Esta honrosa distinción no me ha sorprendido. La esperaba.

ANTO. *(Aparte.)* ¡Qué farsante! *(Alto.)* En efecto; hace poco me lo decía.

MAURI. *(Aparte.)* ¡Qué embustero! *(Alto.)* La esperaba. Vivo la política intensamente y sé por otra parte que la tradición manda. Sabía que, tarde o temprano, la responsabilidad de gobernar caería sobre mí... porque el nombre obliga. Esa responsabilidad ha llegado; y hoy, sin sentirme halagado por ello, y con plena conciencia de mi deber, acepto la enojosa tarea de formar y presidir un Gobierno. *(Aplausos.)*

ANTO. ¡Muy bien!

PORET ¡Muy bien!

ARNA. ¡Bravo!

RIGART ¡Bravísimo!

MAURI. Gracias. El programa que voy a someter a la consideración de ustedes...

RIGART Seguramente será muy interesante.

MAURI. El programa que voy a someter a la consideración de ustedes...

RIGART Interesantísimo.

ANTO ¿Quiere usted callar, marqués?

RIGART Callado. Enmudezco y escucho.

MAURI. Decía que mi programa es simple y original...

IGART ¡Magnífico!

IAURI. Mas no por eso deja de ser interesante...

IGART ¿No lo dije? Y por mi parte, adelanto que desde luego merecerá mi aprobación, siempre que deje a salvo las esencias liberales... Porque... *(Atascado.)* ¡Ejem, ejem! Las esencias liberales, las, los...

IAURI. Hubo en Francia una reina... Una reina... Una gran reina... Margarita de Navarra.

ORET *(Al marqués de Rigart.)* Cierto, ¿no?

IGART *(A Poret.)* Así habrá sido.

IAURI. Un buen día, aquella reina le dijo a su dama predilecta: «Quiero que en mi país cada uno de mis súbditos tenga un hogar; en el hogar, una chimenea encendida; junto a la chimenea, una mujer enamorada, y cerca de ésta, una cuna con el fruto de un amor santo. Porque si todos los hombres tuviesen un hogar y un amor, serían felices.»

IGART ¡Qué bonita imagen! *(Aplausos y voces de «bien», «bien» en los otros dos.)* ¡Qué profundo, espiritual y filosófico!

IAURI. Yo he aceptado y propongo como programa básico del futuro Gobierno el de Margarita de Navarra, que aun cuando parezca un cuento de hadas, es la idea fundamental de una política de paz, de amor y familia.

IGART ¡Genial! ¡Verdaderamente genial!

ORET ¡Estupendo!

RNA. ¡Magnífico!

NTO. Política casera.

ORET De idilio familiar.

IAURI. De paz y de amor.

IGART No se puede pedir más. Por mí, aceptado.

RNA. Y por mí.

ORET Y por mí.

NTO. Con un programa así, Rhubel tiene que amansarse. Con un programa como éste, no se concibe la oposición. *(Aplausos.)* Pues, señores, dejemos al presidente. La patria necesita de toda su actividad.

RIGART Muy oportuno. Repito mi enhorabuena, y hasta mañana, dilecto amigo y respetable presidente. *(Le estrechan la mano todos.)*

MAURI. Hasta mañana, señores.

ANTO. *(Aparte a Mauricio.)* El programita es una idiotez: pero te valdrá un éxito.

MAURI. Envidia. Una idiotez; pero a ti no se te había ocurrido.

PORET *(Al marqués de Rigart.)* No conocía yo esa anécdota de Margarita de Navarra. Y he leído la vida de aquella reina. ¿Y usted, marqués?

RIGART Yo, en vidas ajenas no me meto. ¡Un gran hombre, un gran hombre este Arthal! Como su padre. Será un buen gobernante. *(Mutis de todos por el foro, seguidos de Mauricio. Llega Casimiro, que pone en orden las sillas y lleva el teléfono al interior. Reaparece Elena con elegante bata de casa, y al mismo tiempo vuelve por el foro Mauricio, con abrigo y chistera, dispuesto a salir a la calle.)*

ELENA Pero ¿vas a salir?

MAURI. No tengo más remedio. Voy a buscar ministros.

ELENA *(Disgustada.)* Si lo sé, no te presto mi programa. ¡Ojalá te obliguen a dimitir mañana mismo!

MAURI. ¡Calla, no se hable va de dimisión!

ELENA Sí, sí; ojalá te derriben mañana en el Congreso. Ojalá no encuentres ministros.

MAURI. Estate tranquila, que sobrarán.

ELENA *(Gimoteando.)* Ya ves lo que es la política: el alejamiento de tu casa.... el dejarme sola...

MAURI. Vaya, no te disgustes... Considera... ¡Ea! Te prometo volver pronto. Adiós, nenita, mujercita mía. Mañana te van a envidiar todas las mujeres de la nación. *(Elena se sonríe tristemente y Mauricio hace mutis foro.)*

ELENA ¡Se marchó!... Se marchó... *(Llora un poco y luego hace sonar un timbre. Se presenta en la izquierda Amalia.)*

AMAL. Señora...

ELENA Vas a ayudarme a sacar unas cosas de los baúles.

MAL. Como la señora mande; pero si la señora no quiere molestarse, yo lo haré.

LENA Gracias. Así me entretendré hasta que vuelva el señor.

MAL. Perdone la señora, ¿es verdad que han encargado al señor de formar Gobierno?

LENA Sí; es cierto.

MAL. ¡Qué lástima!

LENA ¿Por qué?

MAL. Porque la política, para las mujeres, es una desgracia.

LENA Y menos mal si derribasen pronto al Gobierno.

MAL. ¡Por Dios, señora, que dure el Gobierno muchos años! *(Mutis de ambas a las habitaciones de Elena. En el interior disputan Casimiro y Rhubel.)*

ASIM. *(Desde dentro.)* Repito al señor que no puedo permitirle pasar.

HUB. Y yo le repito a usted que paso. Soy un periodista...

ASIM. ¿Un periodista?

HUB. Periodista...

ASIM. Pase, pase usted...

HUB. ... Y jefe de la minoría demócrata... El diputado Rhubel. *(Llegan a escena.)* ¿Cómo? ¿No hay nadie? Me habían dicho que se celebraba aquí una reunión.

ASIM. Pero ya terminó.

HUB. *(Aparte.)* Se han reunido sin mí. Se han marchado sin aguardarme. *(A Casimiro.)* ¿Puedo telefonear? ¿El teléfono? *(Lo busca.)*

ASIM. No se moleste el señor; yo se lo traeré. *(Penetra en una de las habitaciones laterales y vuelve con un teléfono portátil que tiene un cordón muy largo.)*

HUB. *(Al Teléfono.)* ¿Redacción de «El Clamor»? Aquí Rhubel, el director. Oígame. Estoy en casa del nuevo presidente. He venido a la reunión que me indicó usted en la conferencia telefónica, y me encuentro con que la han celebrado sin contar conmigo. *(Pausa.)* Eso es huir antes del ataque. ¡Eso es flaqueza! Me tienen miedo. *(Pausa.)* Desde

mañana, guerra sin cuartel. Vaya usted haciendo un fondo de franca, de rabiosa oposición. *(Pausa.)* Ahora voy para allá. *(Al dejar de hablar y mirando al cordón del aparato.)* ¿Y dónde dejo yo esto? *(Comienza a recoger el hilo, y siguiéndolo llega a la lateral, donde se oculta un momento para dejar el aparato. Reaparece Elena, que pausadamente se dirige a una butaca, donde se sienta haciéndose un ovillo con las piernas recogidas sobre la butaca. Rhubel, al volver, ve a Elena. Aparte, mirando a Elena.)* Una mariposa; seguramente de las que revolotean alrededor del duque... Y preciosa... Tiene gusto este estúpido..., y suerte... *(Adelantándose.)* ¡Señorita!...

ELENA *(Sobresaltada.)* ¿Eh?

RHUB. No se asuste. No soy de temer... Y le ruego que me perdone esta sorpresa, de la que me lamento a la vez que me alegro, porque me ha proporcionado el placer de admirarla.

ELENA ¿De dónde sale usted?

RHUB. Del teléfono... Mejor dicho, de hablar por teléfono.

ELENA ¿Quién es usted?

RHUB. Un caballero. No tema. Soy discreto. No me asusto de nada.

ELENA ¿Cómo?

RHUB. Conozco el mundo y sé guardar un secreto.

ELENA Pero... pero ¿qué le ha traído a esta casa?

RHUB. La política.

ELENA *(Mirándole tranquilizada y con dejo de amargura.)* ¡Ah, la política!

RHUB. Una razón..., si no tan poderosa como una mujer bonita, sí lo suficientemente fuerte para arrastrar a un hombre...

ELENA ¡Caballero!

RHUB. *(Galante.)* Señorita... Evito a usted mi presencia. La política me reclama. Me retiro. Y bien sabe Dios que lo siento, porque sacrificaría gustoso mi deber a la satisfacción de seguir mirándome en esos ojos.

ELENA ¡Tendré que llamarle al orden!

RHUB. ¿Al orden? Estoy acostumbrado. En la Cámara me llaman al orden con mucha frecuencia.

ELENA ¿Pero quién es usted

RHUB. Perdone que no me haya presentado. Fernando Rhubel, diputado de la oposición, jefe de la minoría democrata. Y yo, ¿puedo tener el honor?...

ELENA ¡Soy la duquesa de Arthal.

RHUB. *(Aparte.)* ¡Vaya un planchazo! *(A Elena.)* Perdón, señora; permita usted que le pida perdón. Ignoraba que se hubiese casado el duque... Si en algo la agravié, pronto estoy a darle toda satisfacción. Perdón..., perdón otra vez. *(Se inclina y se dirige al foro. Al llegar a la puerta, le detiene la voz de Elena.)*

ELENA ¿Dice usted que es diputado de la oposición?

RHUB. ¡Por una mayoría de votos aplastante!

ELENA ¿Luego usted puede derribar a mi marido?

RHUB. He derribado a siete Gobiernos.

ELENA Pues... uno más ¿qué más da?

RHUB. ¿Cómo? ¿Qué?...

ELENA Que le suplico que derribe a mi marido. Hágalo, hágalo usted por mí, caballero. *(Llora.)*

RHUB. ¿Pero a usted no le halaga que su esposo sea el presidente del Consejo de ministros?

ELENA Me halagaría más tenerle a mi lado. La política me lo aleja. Haga lo posible, señor, para que mi marido no forme Gobierno. Y si lo forma por desgracia, oblíguelo a dimitir, mañana mejor que pasado. ¡Oh, cómo le agradecería este favor!

RHUB. *(Conmovido.)* Basta; sus lágrimas me conmueven, señora. Aunque sospecho que usted no comprende esto de la política...

ELENA Perfectamente bien. Y le suplico que me ayude. ¿Me ayudará usted? ¿Hará lo que le pido?

RHUB. Pidiéndomelo usted haré cuanto pueda por evitar el nombramiento. Pero no sé si llegaré tarde.

ELENA Pues no se detenga. Vaya pronto. Y cuando lo haya usted conseguido, hágame el favor de decirle que venga a casa en seguida; que su mujer le espera.

RHUB. Voy. A sus pies.

ELENA *(Acercándose a la lateral izquierda muy alegre.)* ¡Amalia, Amalia!

AMAL. *(En la izquierda.)* Señora...

ELENA Esta chimenea se apaga. ¡Echa leña! ¡La quiero bien encendida! *(Amalia aviva el fuego.)* Dime: ¿qué distancia hay de aquí a la Presidencia del Consejo de ministros?

AMAL. En un auto, un cuarto de hora.

ELENA ¡Cuánto tiempo! Y di: ¿se tarda mucho en derribar a un presidente del Consejo?

AMAL. Según dice mi novio, se los derriba con mucha facilidad. *(Suena el timbre del teléfono, acude Casimiro, al que apenas se le ve en la lateral pero al que se oye perfectamente.)*

CASIM. ¿Quién?... Sí, el palacio de los señores duques de Arthal. *(Muy alegre.)* ¡Ah, muy bien, muy bien! Diga. ¿De veras? ¿De veras? ¡Oh, qué alegría! Lo comunicaré en seguida a la señora duquesa. *(Entra en escena.)*

ELENA ¿Qué ocurre?

CASIM. Señora: avisan del gabinete telegráfico de la Presidencia del Consejo de ministros que el señor duque acaba de ser nombrado presidente del Consejo.

ELENA *(Contrariada.)* ¡Oh!

CASIM. Y como continúan las gestiones para formar Gobierno no podrá venir a casa en toda la noche.

ELENA *(Gimoteando.)* ¡Déjalo, Amalia! ¡No avives el fuego! ¡No viene a casa! ¡No viene! ¡No viene! *(Se sienta, entristecida, junto a la chimenea, gimotea, y desciende rápido el)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

s de día. Despacho del presidente del Consejo de ministros. Una puerta racticable a la derecha y otra a la izquierda. El vértice del diedro de la quierda está matado en chaflán. En este chaflán hay una puerta secreta culta por un tapiz. El foro es un ventanal de esmerilados y polícromos cristales. Muebles elegantes y severos.

(Al subir el telón aparecen Justina y Roberto, sentados en el sillón del presidente él y ella encima de la mesa sobre unos papeles. Roberto escribe y Justina lee con gran interés la escritura. Cuando se ha hecho el silencio en el teatro, Roberto repasa la escritura.)

ROBER. ¿Ves, Justina? Dos sueldos dan para mucho. Ahí tienes. Números cantan. Casa, luz, carbón, cooperativa, prensa, teatros... Y aun queda algo para imprevistos. ¡Para que luego digas que no podremos vivir!

USTIN. Si yo no digo eso, Roberto mío. Lo que yo digo es que deberíamos esperar a que ascendieses tú...

ROBER. ¡No! ¡No! ¡Y no! Con dos sueldos tenemos de sobra para pasarlo como dos príncipes...

USTIN. *(Ruborosa.)* Es que... no siempre hemos de ser solos tú y yo...

ROBER. *(A punto de caérsele la baba.)* ¿Verdad que no, rica?... ¿Verdad que muy prontito?... *(Señalando a poca altura del suelo para indicar la probabilidad de la prole.)* ¿Eh?

USTIN. ¡Tonto! ¡No me digas eso, que se me sube el pavo! Y tanto como muy prontito...

ROBER. *(Acarameladísimo.)* ¿Me quieres, nenita? *(Llega por la izquierda Miller, alto enpleado de la Presidencia, con gorro galoneado propio de su alta jerarquía administrativa y unos papeles en la mano. Queda sorprendido y escucha.)*

USTIN. *(Después de mirarle apasionadamente.)* ¿Y tú, me quieres a mí? Dime la verdad, Roberto. ¿Me quieres mucho, mucho? Dímelo ahora que nadie nos oye.

MILLER *(Avanzando.)* ¿Está usted segura?

JUSTIN. ¡Ah! *(Amedrentados, Roberto y Justina se ponen en pie.)*

MILLER ¡Muy bien! ¡Muy bonito! Arrullándose en el propio despacho de su excelencia el señor presidente del Consejo de ministros.

ROBER. *(Aparte a Justina.)* ¡Nos hemos caído!

JUSTIN. *(Aparte a Roberto.)* ¡El jefe del personal!

MILLER ¿Qué hacían ustedes aquí?

JUSTIN. Pues...

ROBER. Pues... proyectos de matrimonio.

MILLER ¡Sobre un proyecto de ley! ¡Haga usted proyectos para esto! ¿Y quiénes son ustedes?

ROBER. *(Temblando.)* Un servidor... Roberto Grim, auxiliar de la Presidencia.

MILLER Me parece que la Presidencia podría pasarse sin los auxilios de usted. ¿Y usted, señorita?

JUSTIN. Taquimeca. De la Presidencia también.

ROBER. Es mi novia, señor Miller.

MILLER No me importa nada, señor Grim.

JUSTIN. Nos casamos para enero.

MILLER ¡No me importa nada, señorita! ¿Se han creído ustedes que el Estado les paga un sueldo para venir aquí a decirse ternezas? ¡Esto es una desaprensión inaudita! ¡Esto es una falta de respeto!

JUSTIN. Perdónenos usted, señor Miller. ¡Nos queremos mucho!

ROBER. *(Como un eco.)* Mucho.

MILLER *(Enojado.)* ¡Mucho! Pero hay paseos y parques deliciosos...

JUSTIN. *(Humilde y gimoteando.)* Con demasiados guardas.

MILLER Y aquí no los hay. ¡Muy bien! Pero muy bien. ¿Y cómo han elegido este sitio?

ROBER. Su excelencia el señor presidente no llega nunca antes de las once.

JUSTIN. Además, cuando su excelencia llega suenan los timbres.

MILLER ¿Y si el teléfono hubiera llamado?

JUSTIN. No hay cuidado; lo conmutamos.

MILLER ¿Cómo?

TIN. ¡ Perdónenos !
BER. *(Como un eco.)* ¡ Perdónenos !
LER ¡ No hay perdón !
TIN. Comprenda usted que no es nuestra la culpa...
LER *(Sorprendido.)* ¡ Caray !
TIN. Sino del Gobierno...
LER ¡ Señorita !
TIN. Por su programa : el hogar..., la chimenea encendida..., la esposa enamorada..., la cuna..., el nene...
BER. Todo esto despierta en las personas deseos de amar...
LER ¡ Sí ! El programita... El rorro, el chuveski..., la mecedora...
BER. Usted también habrá tenido una novia, su esposa, que habrá sido tan linda como esta señorita.
LER *(Muy sincero.)* ¡ Ha cambiado mucho !
BER. En estas cosas del corazón, señor Miller, a veces no se recapacita. ¿Qué haría usted con una novia como la señorita Justina?
LER *(Vencido.)* ¡ Tiene usted unas preguntas ! *(Aparte por Justina.)* Es una perita en dulce. *(A Justina.)* Bueno, ¿me prometen ustedes no reincidir?
TIN. BER. Sí, señor.
TIN. Nos iremos a algún paseo.
BER. O al parque. Ya le pediremos a usted alguna vez permiso.
LER ¡ Tanto como eso !... Al paseo, al parque o al cine. ¡ Si hay mil sitios ! ¡ Ea, cada cual a su trabajo.
TIN. Muchas gracias. Saldremos por donde habíamos entrado. *(Abre con un llavín una puerta secreta.)*
LER Muy bien ; pero venga el llavín. *(Lo guarda. Sólo sonriendo complaciente.)* ¡ Y la perita..., digo la mecanógrafa, está como para comérsela !... *(Por la derecha, Sendell, portero mayor de la Presidencia.)*
D. Señor Miller.

MILLER ¿Qué hay, señor Sendell?

SEND. Acaba de telefonear el diputado señor Rhub que dentro de poco vendrá a ver al señor pr sidente.

MILLER Bien. ¿Muchas visitas?

SEND. Espera una comisión del teatro Frivolité, qu viene a protestar contra la suspensión de la op reta «Cásese usted».

MILLER ¿Pero quién la ha suspendido?

SEND. La Jefatura de Policía, porque ridiculiza el pr grama del Gobierno.

MILLER ¡Qué país éste! ¿Es posible que un program así no haya caído bien en la opinión?

SEND. ¡Todo lo contrario! El programa es ideal y h producido verdadero entusiasmo... Bien se a vierte que se debe a una mujer.

MILLER ¿A una mujer?

SEND. A Margarita de Navarra.

MILLER ¡Ah! *(Llega por la derecha lateral Antonio D montal. Mutis de Sendell por la derecha.)*

ANTO. ¡Amigo Miller!

MILLER ¡Señor presidente! ¡Digo, señor Demontal!

ANTO. ¿Ha venido el presidente?

MILLER No, señor. Pero no tardará.

ANTO. ¿Y el diputado señor Rhubel?

MILLER Tiene anunciada la visita.

ANTO. Magnífico. Se aviene a un arreglo. A ese leopar ful le hemos limado las uñas.

MILLER Las oposiciones se rinden ante el programa.

ANTO. Sin embargo, si a la sesión no precede un pact la votación resultará adversa al Gobierno, y ot crisis a estas alturas sería funesta. *(Suenan e el interior dos golpes prolongados de timbre. Otr timbres más lejanos van repitiendo los timbrazos.*

MILLER Aquí está el señor presidente. *(Mauricio apare en la puerta secreta.)*

MAURI. ¡Querido Demontal! Vengo satisfecho. Veng contento. He asistido a una boda, y al salir, público me ha vitoreado. ¡Qué éxito, amigo D montal! ¡Qué triunfo! Y es el programa, nac más que el programa.

ANTO. ¡Claro! No pueden dudar que es obra de una mujer.

MAURI. *(Alarmado.)* ¿Cómo? ¿Qué?

ANTO. ¡Margarita de Navarra!

MAURI. ¡Ah, sí! Naturalmente. *(A Miller, que ha permanecido distanciado muy respetuoso.)* ¿Hay algo?

MILLER Nada, señor presidente. Fuera de que la opereta «Cásese usted» ha sido suspendida. En el salón aguarda una comisión del Teatro Frivolité que viene a protestar.

MAURI. Que los reciba mi secretario. Yo estoy atareadísimo. ¿Y por qué la suspensión?

MILLER En la obra se ridiculiza el programa del Gobierno. La primera tiple, Angelita Hartsen, canta unos cuplés verdaderamente feroces. *(Mutis.)*

MAURI. *(Aparte.)* Esa fiera no ha tardado en vengarse.

ANTO. Y a propósito de artistas, ¿has leído «El Parlamentario»?

MAURI. Desde que soy presidente del Consejo de ministros lo lee por mí el jefe de Gabinete de Prensa. ¿Se ocupa de mí?

ANTO. Publica la opinión que les merece a los artistas del teatro.

MAURI. ¿Y se meten conmigo?

ANTO. ¡Te mondan!

MAURI. No me importa. Lo que me inquieta es que mi mujer lea eso y vea con qué gentecita me he tratado.

ANTO. ¡Ah! Perdóname; no te había preguntado por tu mujer. ¿Está bien la duquesa?

MAURI. Supongo que sí; hace tres días apenas la veo. ¡Esto es atroz, querido Demontal! Atroz, para un recién casado.

ANTO. Verdaderamente; pero ahora lo que interesa es que llegues a un acuerdo definitivo con Rhubel. A la sesión de esta tarde ha de preceder el pacto con las izquierdas. De otro modo tu situación es muy comprometida; tu situación y la de todos nosotros. *(Se abre la puerta de la derecha y aparece Elena, espléndida, elegante.)*

MAURI. ¡Elena!

ELENA ¿Te sorprende verme aquí?

MAURI. Y me proporciona una gran alegría.

ANTO. *(Besándola la mano.)* Señora...

ELENA Permítame, señor Demontal, que esté muy seria con usted. Me ha robado a mi marido.

ANTO. *(Galante.)* Perdóneme, señora. Si hubiese sospechado que al intervenir en la designación de Mauricio para la Presidencia me captaba la enemistad de usted, le aseguro que otro sería el presidente. Perdóneme, y piense que esto de la política es muy inestable. La Presidencia no es cosa vitalicia.

MAURI. *(A Demontal.)* Discúlpala. La pobrecita mía se ve sola, abandonada por este mal marido. *(A Elena.)* ¿Y cómo has venido?

ELENA He venido a interceder por una hermana de mi modista. Es telegrafista y está en provincias. Quiere venir aquí. ¡Como en casa no nos vemos nunca! ¡Es gracioso que tenga que salir yo a la calle para hablar a mi marido!, ¿verdad!

MAURI. Perdóname, Elena. Pero el deber...

ELENA Bien, bien. ¿Qué puedo esperar del señor presidente con respecto a mi recomendada?

MAURI. *(A Demontal.)* ¿Podrá ser lo que desea Elena?

ANTO. ¿Cómo no? Un presidente del Consejo de ministros no pregunta nunca si puede ser una cosa que le interesa. Es o no es aquello que él quiera que sea o no sea. *(A Elena.)* Sería conveniente una notita.

ELENA *(Sacando un papel del bolso.)* La traigo.

ANTO. Pues yo mismo iré a la secretaría y dictaré la recomendación. Délo por hecho, señora. *(Mutis por la izquierda.)*

MAURI. ¿Está complacida mi mujercita?

ELENA Tu mujercita está muy disgustada.

MAURI. ¿Por qué, Elena? ¿Qué es lo que te disgusta a ti?

ELENA Me disgusta... que el país sea tan grande y yo tan pequeña.

MAURI. ¿Qué dices?

ELENA Porque es para mí como una mujer que me roba tu cariño. ¡Tres días hace que no te veo!

MAURI. Hace cuatro comí en casa.

ELENA Justo. Cuatro días. ¡Una eternidad! Somos unos recién casados para quienes no acaba de llegar la luna de miel. ¿Quién me había de decir a mí la otra noche, cuando yo quería ser tu novia, que hoy apenas soy otra cosa?

MAURI. *(Abrazándola.)* ¡Eres mi mujercita!

ELENA ¡No me abraces, Mauricio! *(Gimotea.)* Anoche lloré mucho.

MAURI. ¿Tú? ¿Lloraste tú, ángel mío?

ELENA Sí; era la tercera noche que pasabas fuera de tu casa.

MAURI. Fué un viaje imprevisto, inoportuno... Tú lo sabes... La política tiene exigencias...

ELENA ¿Y tu mujer no?

MAURI. Considera que para algo soy presidente.

ELENA ¡Considera tú que para algo eres marido! *(De pronto, decidida.)* ¡Mauricio!

MAURI. ¿Qué?

ELENA *(Con gatusería.)* Mauricio...

MAURI. ¿Qué, nenita?

ELENA *(Imperativa.)* ¡Mauricio, vámonos a casa!

MAURI. ¡Imposible! La sesión de esta tarde será muy movida. Las izquierdas están furiosas. Tirarán a derribarnos y no puedo faltar. Se teme una crisis.

ELENA ¡Ay, qué bien!

MAURI. ¿Te parece? Pues a mí no... He de aguantar el «pim, pam, pum» en el banco azul. Si yo fuese a nuestra casita un momento, la crisis total sería segura, porque ¿cómo me separaría yo de ti para ir a la Cámara?

ELENA Pero después... Más tarde... Quiero que veas el jardín. Mira, he dicho al jardinero que le cuide. Está arreglando las glorietas y los macizos y plantando flores. ¡Muchas flores! Lo están dejando que es una maravilla. Nuestro amor reverdecerá algún día, y cuando pase esta temporada de ajetreo político, que es como el

invierno de nuestra felicidad, quiero que florezcan con los rosales. Anoche, a la hora de la luna, asomada yo a mi ventana, miraba al jardín y pensaba en ti. ¿No llegaron a ti mis suspiros?

MAURI. No. Anoche estaba yo muy ocupado con esto de las izquierdas.

ELENA Luego me acosté en la «chaisse-longue» y pensando en ti también me dormí y soñé contigo. ¡Qué mal se duerme en la «chaisse-longue»!

MAURI. *(Cogiéndola del talle.)* ¡Elena mía!

ELENA *(Súbita y despojándose del abrigo que arroja sobre una silla.)* ¿Qué?

MAURI. *(Aparte.)* Nada, que eres un caso de dimisión. Comprende que esto no es serio... Aquí estoy al timón del Estado... La nación, la política... El programa de gobierno.

ELENA Ya... El hogar, la chimenea, la esposa enamorada, etc., etc... ¡No sé cómo se me ocurrió semejante idiotez?

MAURI. ¿A ti se te ocurrió eso?

ELENA ¿Pues a quién si no? ¿A ti?

MAURI. ¡Ah! Es verdad. ¿De modo que tú eres Margarita de Navarra, aquella gran reina?

ELENA ¡Yo! ¡Y su majestad te manda que la quieras!

MAURI. Sin mandato: ¡te quiero! *(Abrazándola.)*

ELENA Cuando me tienes así, me parece que me vas a alzar hasta el cielo.

MAURI. *(Vencido.)* Elena..., mejor será que te vayas... ¡Vete, nenita, vete. Mira: había de salir de viaje...; pero no saldré...

ELENA ¿Irás a casa?

MAURI. ¡Sí! Anda, arréglate. Ponte el sombrero. En esta habitación... *(Señala la puerta secreta.)* hay tocador...

ELENA ¿Me acompañas?

MAURI. Sí. Dejo el timón. *(Mutis de ambos por la puerta secreta. Llegan por la izquierda Miller y Sendell, el primero con una carta en la mano.)*

MILLER ¿Cómo? ¿Y el presidente?

SEND. No le he visto salir. Seguramente se fué por la puerta secreta.

MILLER *(Que ve el abrigo de Elena.)* ¡El abrigo de la presidenta! *(Se miran, miran los dos a la puerta secreta y se sonríen con malicia.)* ¡Oh, que poco va a durar este hombre en la Presidencia!

SEND. ¿Lo cree usted así?

MILLER *(Declamando muy enfático.)* El país atraviesa días difíciles. La nave del Gobierno, azotada por el huracán de unas oposiciones irreductibles, cruza el proceloso mar de la política amenazando naufragar. ¡Y este hombre... deja el timón! Amigo Sendell, vámonos de aquí. ¡Vigilemos, estemos alerta mientras la nación no tiene presidente! ¡Vamos!

SEND. *(Andando de puntillas.)* Treinta y cinco años de vida administrativa me han enseñado a no ser indiscreto. *(Cálase el gorro hasta las orejas. Mutis de ambos por la izquierda. Pronto reaparecen por la puerta secreta Mauricio y Elena.)*

MAURI. ¡Bien! Nadie ha advertido nuestra ausencia. Me alegro, porque en este mundo se piensa muy mal. Y ahora vete, nenita. ¿Estás contenta?

ELENA *(Como gatita mimosa.)* Chi.

MAURI. ¿Muy contenta?

ELENA *(Idem.)* Chi. Pero más estaré cuando me cumplas lo que me has prometido.

MAURI. ¡Te juro que dejo todo esto y me voy a casa! Espérame a comer.

ELENA ¿Es verdad? *(Muy contenta.)* ¡Qué bien! Pero mira, por si el diablo la enreda, mejor será que venga a buscarte. Voy a hacer una visita y volveré. ¿Por dónde salgo?

MAURI. Por ahí. *(Señala la puerta secreta.)*

ELENA *(Haciendo el mutis por la puerta secreta con un beso a Mauricio.)* Hasta luego, maridito.

MAURI. Hasta luego, mujercita mía. *(Solo.)* ¡Vaya si voy! *(Pausa.)* Bueno, ahora le toca el turno a la nación. *(Mutis, muy serio, por la derecha. Elena abre precipitadamente la puerta y vuelve a escena asustada.)*

ELENA ¡Mauricio! Una mujer desconocida... *(Tras el aparece también Leonor, mujer joven, bonita, el gante y desenvuelta.)*

LEON. ¡Señora, por Dios, tranquilícese! Perdóneme qu yo no he querido asustarla. Ha sido una casu lidad el encuentro.

ELENA ¿Qué hacía usted en el tocador? ¿Es usted d la casa?

LEON. Pues le diré: casi..., casi lo soy.

ELENA ¿Casi?

LEON. Hace varios años que estoy al servicio del señ presidente, sea el que sea. Desde que serví uno me recomendó al que le siguió, y así suce sivamente. He prestado servicios ¡con mucho Gobiernos!

ELENA ¿Y qué servicio presta usted al señor presiden te, «sea el que sea»?

LEON. Pues..., pues... el de manicura. Por eso veng a ser como una temporera gubernamental. Ah ra estoy de vacaciones.

ELENA *(Muy interesada.)* ¿Sí?

LEON. *(Como lamentándose.)* El nuevo presidente d cen que es recién casado y no ha solicitado mi servicios.

ELENA *(Inquisitiva.)* Ya se los prestará cuando termin usted la vacación, ¿no?

LEON. Es difícil, señora, porque me caso. El progra ma del Gobierno es tan tentador... Hogar..., es tufa...

ELENA *(Rectificando.)* Chimenea.

LEON. La mujer enamorada..., la cunita..., el niño. Bie se advierte que el programa le ha hecho un mujer.

ELENA ¿Cómo? ¿Qué?

LEON. Margarita de Navarra.

ELENA ¡Ah, sí! Y dígame: si ahora está de vacaciones ¿qué hacía usted en el tocador, a qué venía ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

LEON. Me conocen los porteros. Me ven pasar, me son ríen, pero nada más. Tengo el paso franco y h venido por una combinación.

ELENA *(Aparte.)* ¡Hum!

LEON. Por una combinación heliotropo que me dejé olvidada y por el estuche de trabajo.

ELENA ¿Y aquí sube la que quiere subir?

LEON. ¡Oh, no! Ha de ser persona conocida... o que sepa la contraseña.

ELENA ¿Hay contraseña?

LEON. Si algún portero intenta estorbarle el paso, no tiene más que decir «servicio secreto», y la dejará pasar.

ELENA Muchas gracias. Puede que yo tenga que utilizar la contraseña.

LEON. ¡Ah! Comprendido. ¿Piensa usted solicitar mi plaza?... ¿Entrar al servicio del señor presidente?...

ELENA Lo estoy ya... y con contrato.

LEON. ¿Contrato y todo?

ELENA Contrato matrimonial. Soy su esposa.

LEON. ¿Su .. su... es... po... sa?.. *(Aparte.)* ¡Ah, qué torpe soy! *(A Elena)* ¡Perdón, señora..., perdón!...

ELENA ¿De qué? Si hubiese usted *hecho* las *uñas* a mi marido alguna vez..., puede que probara usted las mías...

LEON. *(Atemorizada.)* ¡Jesús!

ELENA No tema. ¿Me acompaña usted?

LEON. ¿Yo?... ¿Yo, señora?... ¿Y... adónde?

ELENA A recoger sus cosas. Luego yo la acompañaré a usted hasta la puerta de la calle.

LEON. Como usted guste. *(Aparte.)* Me echa. *(Mutis de ambas por la puerta secreta. Por un momento no queda nadie en escena. Abren la puerta de la derecha y penetra muy resuelta Angelita Hartsen.)* (1).

SEND. Ya que se empeña usted en ver a su excelencia, haga el favor de aguardar.

ANGEL. Aguardaré sentada. Por si acaso. *(Mutis de Sendell, que cierra la puerta.)* Me tiene que oír.

---

(1) *La escena que sigue fué suprimida al estrenarse la obra en Madrid.*

¡Como que se me va a apágar en el cuerpo la bomba! *(Se levanta, curiosea lo que hay sobre la mesa, descubre una caja con cigarrillos, enciende uno y guarda en el bolso unos cuantos. Se distrae mirando al tapiz y hase colocado para ello de espaldas a la lateral de la derecha. Llega Mauricio por la derecha. Al Sendell que le abre la puerta.)*

MAURI. Dentro de poco llegará abajo la duquesa. Antes de que suba *(Recalcando.)* antes de que suba. ¿me ha comprendido usted?, encargue que el portero le diga que con gran sentimiento mío no puedo ir a comer a casa.

SEND. Se hará como vuecencia ordena. ¿El señor presidente ha salido?

MAURI. Acabo de salir.

SEND. El señor presidente acaba de salir. *(Mutis de Sendell por la derecha.)*

ANGEL. Buenos días, señor presidente.

MAURI. ¿Tú aquí?

ANGEL. ¿Te extraña, verdad? Pero no te asustes. *Aquello* se terminó. Tenía que terminar. ¿Qué más da un día que otro?

MAURI. Claro. Comprenderás...

ANGEL. Que te has casado. Muy bien. Siempre me pareciste un predestinado.

MAURI. ¡Angelita!

ANGEL. Un predestinado al matrimonio. Deja hablar. ¿Qué te imaginaste que quería decir? Es muy pronto... para eso.

MAURI. ¡Ya estás desbarrando!

ANGEL. No temas, hago punto. ¿Se puede saber por qué se ha prohibido la opereta «Cásese usted»?

MAURI. Supongo porque sobrarán motivos.

ANGEL. ¿Supones?... ¿Luego no conoces la obra?

MAURI. Mis ocupaciones no me dejan asistir a los teatros.

ANGEL. Ya. No te dejan ir al teatro las ocupaciones... ni tu mujer. ¡Pobrecillo!

MAURI. Como quieras. *(Pausa embarazosa.)* ¿Deseabas saber...?

ANGEL. Ya te lo he dicho: por qué se ha prohibido la opereta.

MAURI. Por inmoral, por escandalosa, por... porque ridiculiza al Gobierno.

ANGEL. ¡Qué atrocidad! ¿Quién te ha contado todo eso? Para que veas que no sabes lo que te pescas, te contaré el argumento.

MAURI. *(Disciplente.)* No siento gran curiosidad.

ANGEL. *(Irónica.)* Muy amable. Muy atento.

MAURI. Colócame ese argumento, pero sé breve; te lo suplico...

ANGEL. Yo soy una inocente muchacha...

MAURI. ¿Inocente?

ANGEL. Según el autor.

MAURI. ¡Ah!

ANGEL. Una inocente muchacha de pueblo que me creo que las cigüeñas traen en el pico a los niños recién nacidos.

MAURI. *(Incisivo.)* ¡Oh, cándida criatura!

ANGEL. Un día me entero del programa del Gobierno, y caigo. Desde mi primera caída, mi vida es un puro traspiés...

MAURI. *(Mordaz.)* ¡Qué realismo!

ANGEL. Como ves, nada malo hay en la obra.

MAURI. Salvo unos cuplés que cantas...

ANGEL. Oue no tienen nada de particular. Los vas a oír.

SEND. *(Que aparece en la puerta de la derecha.)* Señor presidente, han llegado los señores ministros y el diputado señor Rhubel, que está en Secretaría conferenciando con el señor Demontal.

MAURI. Los ministros que aguarden en el salón grande. El señor Rhubel que pase aquí. *(Mutis de Sendell.)* Comprenderás, Angelita, que no es momento oportuno para que me cantes unos cuplés o me bailes una rumba.

ANGEL. Está bien. Dime al menos si se autorizarán las representaciones de la opereta.

MAURI. Seguramente.

ANGEL. ¿Palabra?

MAURI. Palabra. El secretario telefoneará a la Dirección

de Policía. Adiós. Perdona, pero me aguardan *(La empuja suavemente hacia la derecha.)*

ANGEL. Adiós, señor presidente. Y déjese ver algún día por el teatro... *(Incisiva.)* si le dejan... sus ocupaciones. *(Mutis derecha.)*

MAURI. Adiós... *(Como en un suspiro de satisfacción.)* La Magdalena te guíe *(Por la izquierda, Rhubel y Demontal.)* ¡Querido amigo Rhubel! Le agradezco que haya accedido a mi requerimiento.

RHUB. ¡Yo soy un adversario que no huye! Adversario implacable, enemigo irreductible; pero que de el pecho.

ANTO. Lo sabemos, lo sabemos. Adversarios leales como usted son los que quiere el Gobierno.

MAURI. *(A Demontal.)* ¿Le has hablado al ilustre jefe de la oposición?...

ANTO. Sí; hemos charlado un rato.

MAURI. Pues poco he de añadir. El Gobierno se sitúa en un plano de franca transigencia. La oposición, si se obstina en dar la batalla al Gobierno hará una labor suicida. Vamos, pues, a hacer obra útil. Pactemos. El Gobierno hace cuestión de gabinete la aprobación del proyecto de ley que llevará esta tarde a la Cámara. ¿Puede saber el Gobierno qué compensación ha de ofrecer a la oposición a cambio de su apoyo... meramente pasivo o abstencionista?

RHUB. La minoría que represento consideraría como una satisfacción que de las ocho actas declaradas nulas se le reservasen cuatro.

ANTO. Basta. Hecho.

RHUB. Pues no hay más que hablar.

MAURI. Los ministros me esperan en el salón de Consejo. Voy a darles cuenta del pacto y vuelvo. *(Hace sonar un timbre. Sendell aparece en la derecha. Hablándole con sigilo.)* ¿Vino la duquesa?

SEND. Sí, señor presidente.

MAURI. ¿La dijeron que no iré a comer?

SEND. Yo mismo, señor presidente.

MAURI. ¿Y qué contestó?

SEND. Nada. Dió un portazo y rompió uno de los cristales del coche. *(Mutis de Sendell.)*

MAURI. *(A Rhubel.)* Perdóneme unos momentos. Vuelvo pronto. Ahí hay cigarros. *(Mutis de Mauricio y Demontal derecha. Se queda solo Rhubel, busca la caja de cigarros, coge uno, lo enciende... Transcurren unos momentos durante los cuales Rhubel se recrea mirando las espirales del humo del cigarro. Abren repentinamente la puerta secreta y entra como una tromba Elena, secándose las lágrimas.)*

RHUB. ¡Señora!

ELENA ¡Ah, perdón, señor diputado! ¿Puede decirme si se encuentra aquí mi marido?

RHUB. Está conferenciando con los ministros en el salón de Consejos. Le estoy esperando.

ELENA Entonces, esperaremos juntos.

RHUB. Por mí, encantado. *(Pausa.)* ¿Llora usted, señora? *(Elena no contesta.)* Le asoman las lágrimas a los ojos.

ELENA Usted no tiene derecho a notar mis lágrimas.

RHUB. *(Galante.)* Las conozco, señora.

ELENA ¿Usted conoce mis lágrimas?

RHUB. Desde aquella noche en que la vi en su casa..., cuando su marido la dejó sola, abandonada por esta garambaina de la política. ¿Recuerda usted? Me pidió que derribara a su marido.

ELENA Y no le derribó usted. No quiso complacerme.

RHUB. Entonces no pude. Hoy lo puedo menos. En unos días el Gobierno ha consolidado su situación. ¡Es mucho programa éste del hogar, la chimenea, la esposa enamorada!...

ELENA Etcétera... ¡No siga, que me encocora el programita! Y dígame: ¿el pacto con la oposición de que me ha hablado mi marido, está acordado ya?

RHUB. En principio, sí.

ELENA ¿No habrá manera de romperle?

RHUB. No, señora. Nada puede evitar ese pacto de conveniencia mutua para el Gobierno y la oposición.

ELENA *(Coqueta.)* ¿Ni los cálculos de una mujer?
RHUB. Ni eso.
ELENA *(Ha pasado por delante de Rhubel en actitud d maligna cavilación. Ha concebido un plan d ataque e inicia éste.)* ¡Qué lástima! Su perso nalidad tan atrayente cuando se le mira como lu chador se anula con estas combinaciones.
RHUB. *(Mordiendo el cebo.)* ¿De veras?
ELENA *(Con refinada coquetería)* Se lo aseguro. Aque lla noche que le vi en casa me pareció uste tan interesante... Luego me agradó su histori política... ; su decisión..., su afán de lucha, s carácter indomable, me encantaban. Yo me lo h imaginado muchas veces pronunciando en la Cá mara uno de esos famosos discursos que derri ban un Gobierno...
RHUB. ¿Usted ha pensado en mí?
ELENA Muchas veces. Así, me decía yo, debían de se todos los hombres, como éste, que cautiva, alu cina, sugestiona.
RHUB. Señora, me permití galantearla en su casa po una lamentable confusión, y usted se consider agraviada.
ELENA Sí... Sí..., es verdad; pero ciertos agravios lo perdona fácilmente una mujer. Y usted me pidi perdón.
RHUB. ¡Me hacen feliz esas palabras! Quería oírla de sus labios, saber que usted perdonaba aquell confusión mía, en la que, después de todo, uste no debió ver sino la admiración que me había producido... la... el... ¿Me deja usted que l diga? El amor.
ELENA *(Con refinamiento de coquetería.)* Va usted muy aprisa, amigo Rhubel. Me hace usted el amor, y dentro de poco habrá usted pactado con mi marido y hasta le estrechará la mano. No es leal eso...
RHUB. *(Candoroso.)* ¿Pero si no pacto?...
ELENA ¿Pondría usted en un apuro al Gobierno?
RHUB. Ciertamente: en trance de dimitir.

ELENA *(Sin poder reprimir la alegría.)* ¿De veras? *(Transición a la desconfianza.)* Pero usted no puede hacer eso, no debe, aunque fuera cierto..., aunque sintiera ese amor de que habla...

RHUB. Que siento intensamente. Y por amor se hacen los mayores desatinos. Pero no sería mía la culpa, sino del Gobierno. El mismo programa invita al amor. *(Galante y un poco majadero.)* Si no estuviese seguro de que se le ocurrió a Margarita de Navarra, pensaría que es obra de usted.

ELENA Podría ser. Cualquiera mujer es capaz de idear un programa de amor. Amar es nuestro quehacer: desde la madre que acariciamos de pequeñitos a las muñecas; de las muñecas al novio; del novio al marido; del marido a los hijos y a los nietos... Amor, siempre amor. Y el canario que cuidamos *(Muy mimosa.)*, y el gatito que mimamos... *(Enternecida.)*, y la caridad que hacemos... Amar; todo es amar. Somos buenas por amor y por amor nos condenamos; damos y perseguimos la felicidad en el amor, y en ese mismo amor está nuestra desventura. Si la mujer no entiende de confeccionar un programa de amor, ¿quién mejor que ella entenderá?

RHUB. *(Cómicamente apasionado.)* Si yo pudiera ser un puntito imperceptible en su programa!

ELENA ¡Por Dios, sea prudente! *(Aparte.)* Esto va bien.

RHUB. Estas paredes no se escandalizarían de nada. ¿Cree usted que aquí no habrá sido amada nunca una mujer?

ELENA ¿Aquí... o ahí? *(Señala la puerta secreta.)*

RHUB. Probablemente ahí y aquí. ¡Tantos besos habrán sonado en estas dos habitaciones... *(Adelantándose hacia Elena, muy apasionado.)* que uno más...

ELENA ¡Señor de Rhubel!

RHUB. *(Cogiéndola una mano y acompañando la frase con ademán de besar a Elena.)* ¡La adoro!

ELENA ¡Quieto o llamo a mi marido!

RHUB. No le llamará usted. No querrá ponernos frente a frente.

ELENA Si continúa usted, sí.

RHUB. No lo hará, porque yo cerraré antes su boca con un beso.

ELENA *(Gritando y acercándose a la derecha.)* ¡Mauricio! ¡Mauricio!

RHUB. *(Anonadado.)* ¿Eh? ¡Pero!...

ELENA ¡Mauricio! *(Aparte.)* Ahora pactad si podéis. ¡Mauricio! *(Salen alarmados a escena por la derea Mauricio, Demontal, marqués de Rigart, Arnault, otros ministros y Miller.)*

MAURI. ¿Qué ocurre?

ELENA ¡Este hombre acaba de ofenderme!

MAURI. *(A Rhubel.)* ¿Usted?... ¿Usted?...

ANTO. *(A Rhubel.)* ¿Usted se ha atrevido?

MAURI. *(Dispuesto a lanzarse sobre Rhubel.)* ¡Responderá usted de lo que ha hecho!

ANTO. Pero ¿es que se ha vuelto usted loco, señor Rhubel? ¡Y precisamente hoy, en este sitio y en esta ocasión, cuando sonaba aquí la palabra pacto!...

MAURI. ¿Pactar con él? ¡Nunca!

RHUB. ¡Nunca! *(Tratan de acometerse y los otros los sujetan.)*

ANTO. ¡Basta! ¿Son ustedes hombres o chiquillos? ¿Políticos o héroes de amor?

ELENA ¡Este hombre me ha ultrajado!

MIN. 1.º Tranquilícese, señora.

MIN. 2.º No es que restemos importancia a la ofensa.

ANTO. Pero tampoco hay que darle importancia demasiada. Aquí lo único importante es sellar un pacto necesario, imprescindible, básico para la vida del país. Y esto no puede echarse a rodar por un arrebato, una momentánea obcecación. Además, aquí no puede haber cuestiones particulares. ¡Esto es el despacho oficial del presidente del Consejo de Ministros.

MAURI. En este despacho un hombre se ha portado como un canalla.

RHUB. ¡Déjeme! ¡No puedo escuchar eso!

ANTO. Pero ¿están ustedes locos? ¡Tener lances amo-

rosos aquí! ¡No se ha visto nunca! ¡Y cuidado que se han visto cosas aquí! ¡Y hoy! ¡En un momento trascendental para la nación!

MAURI. ¡Se trata de mi mujer!

ELENA ¡Se trata de mí!

ANTO. ¡Aquí no se puede tratar sino del país! ¡Ea! ¡Mauricio de Arthal, tienda la mano al señor Rhubel! ¡Señor Rhubel, estreche la mano del señor duque de Arthal!

MAURI. ¡Yo soy un hombre de honor!

ANTO. Aquí no hay hombres de honor. Aquí no hay más que políticos... Hombres de Estado que han de sobreponer la conveniencia de la patria a toda preocupación rancia y vulgar.

ARIOS ¡Muy bien! ¡Eso es!

ANTO. Tengan presente, señores, que en este momento todos los ojos de la nación están fijos en nosotros. ¿Qué dirá el país si se entera de que en vez de ocuparnos de resolver los gravísimos problemas que le inquietan estamos representando una tragedia de matrimonio? El amor para los hombres de Estado no tiene importancia. Un político no puede dedicarle sino las horas de descanso. ¡Ea, lo acaecido es una pequeñez!

LENA ¡La felicidad de un matrimonio no es una insignificancia!

NTO. Arreglado estaría el mundo si cada cual atendiera únicamente a su felicidad. Suplico, pues; ¡exijo!, en nombre de intereses muy altos y muy sagrados, que no se hable más de ese incidente, y que, ofensor y ofendido, se den la mano.

ARIOS ¡Muy bien, muy bien!

LENA *(Aparte.)* Este hombre me lo quita otra vez. *(A Mauricio.)* ¡Mauricio!

AURI. Elena, comprende mi sacrificio y perdóname. Demontal tiene razón y yo, aun mordiéndome los labios de rabia, le ofreceré la mano a este hombre. *(Tiende la mano a Rhubel.)*

NTO. *(A Rhubel.)* Y usted sabrá también a lo que le obliga el deber. *(Rhubel estrecha la mano de Mauricio. Los presentes en escena estrechan efusiva-*

mente a los intérpretes de la colisión.) Ahí f ra espera la Prensa. Suplico al duque de Arti y al señor Rhubel serenidad, cordialidad, afect sidad recíproca, siquiera sea aparente y momen nea. Fuera de los que estamos aquí, todo el m do debe ignorar lo ocurrido Vamos, señores y que el país sepa por la Prensa que nos hem estado preocupando de los altos intereses de nación.

ELENA *(Se ha retirado a un rincón y solloza con g desconsuelo.)* ¡ Mauricio !

MAURI. Perdona, Elena. Así debía ser.

ANTO. Perdón, señora. Hemos cumplido con nues deber.

MAURI. *(A Demontal.)* Ahora voy, señores. *(Mutis e todos, menos de Mauricio y Elena, por la de cha. Tratando de consolar a Elena.)* ¡ Elena !

ELENA ¡ No te acerques !

MAURI. ¡ Por Dios, tranquilízate !

ELENA ¡ Nunca lo habría creído ! Yo me imaginaba c al saber que ese hombre me había besado—¡ p que me ha besado, Mauricio !—yo me imagin que ibas a estrangularle, a hacerle pedazos... y en lugar de eso... ¡ le das la mano !

MAURI. ¡ Ha tenido que ser !

ELENA ¡ Ya ! *(Irónica.)* ¡ Los altos intereses de la tria ! Bien. Pero yo, en cuestiones de amor, acepto competencia *ni con la patria.* Me voy a casa de mis padres y tú te quedas *con esa ñora.*

MAURI. ¿Qué dices?

ELENA Que hoy mismo salgo para París. ¡ Yo no pue vivir más tiempo contigo ! Yo me casé cont solo, y tú te has casado con el país entero. E un hombre de Estado. Bien : pero yo de Estad no tengo nada.

MAURI. Escucha, Elena... No puedes alejarte...

ELENA Puedo, ya lo verás. Aunque con gran sentimien iba transigiendo con todo. ¡ Con lo de hoy transijo ! Me he visto aquí sola, abandonada mi humillación... Y he tenido que presenciar c

dabas la mano al que intentó..., ¡ al que besó !..., a tu mujer. ¡ Ea, adiós !...

MAURI. ¡ Pero, Elena !...

ELENA ¡ Déjame ! ¡ Déjeme usted ! ¡ No le conozco ! Usted es el presidente del Consejo de Ministros. Mi marido es Mauricio de Arthal ¡ Me marcho ! Voy a casa a recoger todo lo mío...

MAURI. ¡ No, Elena ; no ! ¡ Quédate ! ¡ Te lo ruego que te quedes ! ¡ Te exijo que no salgas de aquí !

ELENA ¿ Exijo? Señor presidente, ¿ quién es usted para prohibirme una cosa que quiero hacer? Usted, a la nación, a la nación. *(Pausa. Elena llora con gran desconsuelo.)* ¡ Qué lástima ! ¡ Tan bonito como está el jardín ! Ya no reverdecerá nuestro amor. Ya no florecerá con los rosales.

MAURI. ¡ Calla, calla !

ELENA ¡ Qué lástima ! Todos menos yo tendrán hogar..., chimenea..., cuna...

MAURI. ¡ Elena !

ELENA *(Cayendo en una silla, llorando desolada.)* ¡ Dios mío ! ¿ Por qué... por qué se me ocurrió a mí aquel programa?

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el primer acto. Anochece. Luz crepuscular ilumina la escena en su primer término. En la habitación, al fondo, luz artificial.

(Cuando sube el telón la puerta que pone en comunicación ambas habitaciones aparece casi cerrada, al efecto de que la habitación del primer término no reciba más luz que la del balcón. La chimenea está apagada. Casimiro pasea, manos atras, cabizbajo, en actitud de honda pesadumbre. En uno de los paseos atisba por la puer-

ta y ve que en la habitación del segundo término están hablando Amalia y Tomasa, la primera de las cuales se ocupa en hacer paquetes y preparar maletas, que deja sobre una mesa frontera a la puerta. Cansado ya del cotilleo, se acerca un poco más a la puerta y habla.)

CASIM. ¿Quieren ustedes callar?

TOMA. ¿Por qué?

CASIM. Porque son ustedes unas charlatanas.

TOMA. ¿Nosotras?

CASIM. Ustedes.

TOMA. Yo le aseguro...

CASIM. No me asegure nada... ¡Incorregibles!... Y yo quiero corregirlas, aunque ya comprendo que es un poco difícil tratándose de mujeres. ¡Se nos pasa el día ocupándonos de todo lo que no nos importa!...

TOMA. ¿A usted también?

CASIM. *(Reaccionando.)* A mí... Yo no tengo por qué darle explicaciones... De modo que basta de charla.

TOMA. ¿Qué vamos a hacer entonces?

CASIM. No murmurar.

TOMA. No se enfade usted.. Hablábamos de lo que está pasando.

CASIM. ¿Dónde?

TOMA. Aquí. *(Pasando a la habitación del primer término.)* Le decía yo a ésta que me da mucha pena, muchísima pena, la señora... Y el señor también...

CASIM. Pero no tanta...

TOMA. No, señor.

CASIM. Lo creo.

TOMA. Es hombre... Y los hombres... ¿Usted me comprende?

CASIM. No, señora.

TOMA. Pues... los hombres... es... otra cosa. Pero la señora... ¡Vamos! ¿Quién lo iba a decir? ¡Al mes escaso de matrimonio! Y con lo que se querían.

AMAL. Y con lo que se quieren... Porque se quieren a

rabiar... Y ahora, de pronto... No me explico lo que ha pasado.

TOMA. Sólo el diablo lo sabe.

AMAL. Usted..., don Casimiro...

CASIM. ¿Qué?

AMAL. Usted acaso lo sepa.

CASIM. Yo no sé nada. Y si lo supiera tampoco lo diría. La primera cualidad de todo buen servidor es la discreción. *(En otro tono.)* Sólo puedo decirles que la señora duquesa volvió esta mañana un poco nerviosa... y un mucho disgustada, al parecer... Que me ordenó pidiera un reservado para el expreso de las once de la noche...

AMAL. Y en seguida me mandó empaquetar algunas cosas y preparar los baúles.

TOMA. Acaso vaya de viaje.

CASIM. Sí, señora. Cuando se hacen los baúles se va de viaje.

TOMA. Quiero decir por algún tiempo. *(A Amalia.)* ¿No te parece?

AMAL. No; yo creo otra cosa. Y lo siento de verdad. ¡Con lo buena que es la señora y lo bien que habíamos congeniado! Y con lo feliz que soy yo ahora. Es un verdadero disgusto, un gran disgusto para mí... Porque ustedes no saben la impresión que me hacen estas cosas en vísperas de boda...

TOMA. ¿Te casas de veras?

AMAL. Mañana voy con mi novio a la Vicaría.

CASIM. Al fin se cumplen sus deseos.

AMAL. En cuanto ha subido un Gobierno estable.

TOMA. Casi no lo puedo creer.

AMAL. Ahora sí; ahora va en serio. ¡Gracias a Dios!... Antes, ya lo saben ustedes nos lo impedían los Gobiernos... Cuando señalábamos fecha, crisis... *(Llega por el foro Mauricio. Viene de la calle y viste de chaquet. Trae la mano derecha vendada, pero procurará que este detalle no sea advertido hasta el momento oportuno. Casimiro, que le ha recibido con una respetuosa reverencia, le toma el abrigo, el sombrero y el bastón. Al llegar Mau-*

ricio, Tomasa y Amalia hacen mutis foro. Dejan la puerta abierta para que mientras se desarrolla la siguiente escena se advierta el trajinar de Amalia.)

MAURI. *(Que se ha sentado en una butaca en actitud de honda preocupación.)* ¡Casimiro!

CASIM. *(Dando luz.)* Señor...

MAURI. No enciendas... *(Casimiro apaga.)* ¿La señora?

CASIM. En sus habitaciones.

MAURI. ¿Hace mucho que vino?

CASIM. A la hora del almuerzo... Pero no almorzó. Llegó disgustada al parecer.

MAURI. ¿Dijo algo?

CASIM. A mí me ordenó que pidiera a la central un reservado para el expreso de París. A la doncella, que empaquetara sus cosas e hicieran los baúles. *(Muy emocionado.)* ¿La señora duquesa va a salir?

MAURI. *(Apesadumbrado.)* Probablemente.

CASIM. *(Muy emocionado.)* Señor, si a un servidor leal le es permitido un ruego, yo suplicaré al señor que evite este viaje de la señora...

MAURI. Si lo hace, no es por mi voluntad. La duquesa no transige con la política...

CASIM. Pero el señor, que es político..., puede transigir con la señora duquesa.

MAURI. Lo procuraré, mi buen Casimiro, porque voy sospechando que la política en esta casa va a proporcionar pocas satisfacciones.

(Casimiro se inclina y sale. Pausa. Durante la cual Mauricio, después de un paseo, se sienta. Parece recapacitar sobre lo que Casimiro le ha dicho. Elena sale por la lateral con unos paquetes, que lleva a la habitación del segundo término, y vuelve a cruzar la escena para ir a la lateral de donde vino.)

MAURI. *(Llamando.)* Elena.

ELENA *(Sorprendida.)* ¡Ah! No sabía que estuvieras en casa. *(En otro tono.)* ¿Terminó la sesión de la Cámara?

MAURI. No. Es decir, lo ignoro. No he asistido a ella.

ELENA ¿No? ¡Imposible!

MAURI. No he asistido.

ELENA Aquello estaría hoy interesantísimo. Me dijiste esta mañana que tu presencia allí era imprescindible.

MAURI. Cierto...

ELENA Pero veo que te equivocaste. No eras tan necesario.

MAURI. Mucho... Pero he resultado más necesario en otro lugar...

ELENA En todos los sitios eres más necesario que en tu casa... Aquí... *(Mordaz)*, no; no lo has sido nunca... Has procurado no serlo...

MAURI. Elena...

ELENA Y a fuerza de procurarlo, lo has conseguido... Me ha costado mucho descubrir esta verdad, llegar a este convencimiento... Muchas horas de dolor... Pero tienes razón: no eres necesario. No te necesito.

MAURI. ¡Elena, no sigas, por favor! Hay deberes cuyo cumplimiento no podemos eludir.

ELENA Si en los deberes incluyes todos, eso está muy bien: pero sospecho que en esto participas del egoísmo natural de los hombres...

MAURI. Te suplico...

ELENA Es inútil... He adoptado mi resolución... Una razón poderosa te separa de mí—con gran sentimiento, lo sé—y me resigno. No soy bastante fuerte para luchar con ella, y me separo...

MAURI. ¡Elena!

ELENA Me voy a París.

MAURI. No te irás.

ELENA Me iré.

MAURI. ¿No has pensado en ti ni en mí?... ¡No puedes marcharte! Por respeto a mi nombre, a mi cargo...

ELENA ¿Esa es tu única razón para oponerte?... La misma que a mí me obliga...

MAURI. Atiéndeme, reflexiona... Considera el escándalo. Un presidente del Consejo de Ministros abandonado por su mujer...

ELENA ¡Todos los caminos te llevan a la Presidencia!

MAURI. ¡Elena!

ELENA ¡No, no y no! No seré yo la que sacrificándom te defienda esa reputación... He decidido ma charme al lado de mis padres y no habrá pod humano que me lo impida..

MAURI. ¡Lo hay! *(Atarazándola por una muñeca.)* ¡No t dejo marchar! Mañana se sabría esto y yo seri el hazmerreír de todos. En la política me habría destrozado. ¿Cómo tener fe—dirían—en un hom bre que enarbola como programa político la fe licidad doméstica y cuyo hogar es una tragedia ¿Podrá hacer feliz a un país quien no sabe pro porcionarse la propia felicidad? ¡No sales d esta casa!

ELENA ¡Me haces daño!

MAURI. *(Soltándola.)* ¡No saldrás!

ELENA ¡Saldré! ¡Me ampara la ley!

MAURI. ¡Qué ley... ni qué...!

ELENA Muy bien, señor presidente! ¡Termine usted l frase! ¿Qué iba a decir? *(Se miran en una pa sa. Antes de que Mauricio conteste, aparece e el fondo Casimiro.)*

CASIM. Una taquígrafa de la Presidencia desea ver al se ñor. Dice que el señor presidente la ha ordenad venir...

MAURI. Yo he dicho que venga un taquígrafo.

CASIM. Pues ha venido una taquígrafa, señor.

MAURI. Que pase. *(Casimiro da luz y hace mutis foro Llega por el foro Justina con un estuche d máquina de escribir en la mano.)*

JUSTIN. *(Entrando.)* Con permiso de los señores. A la órdenes de vuecencia, señor presidente.

MAURI. ¿Cómo es esto? ¿Por qué viene usted?

JUSTIN. El señor presidente perdonará. Pero cuando or denó que viniera un taquígrafo, ya se habían mar chado los tres de la Presidencia. Era difícil avi sarles y se me ha mandado venir a mí...

MAURI. Bien; dentro de poco saldremos para la estación del Sur. Pase usted a mi despacho. *(Le indic una lateral. Mutis Justina por la lateral izquierda.*

ELENA *(Remisa.)* ¿Vas a salir de viaje?
MAURI. Sí; un asunto oficial. *(Una pequeña pausa.)*
ELENA ¿Con esa señorita?
MAURI. Con la taquígrafa, sí. *(Otra pausa.)*
ELENA ¿Iréis solos?
MAURI. *(La mira.)* Con mi secretario...
ELENA ¿Por muchos días?
MAURI. Para dos... El viernes he de estar de vuelta. Tengo Consejo. *(Otra pausa.)*
ELENA ¿Os hospedaréis en el mismo hotel?
MAURI. Sí...
ELENA ¿Y... viajaréis en el mismo departamento?...
MAURI. No... ¿Algo más?
ELENA *(Separándose y yendo a sentarse pensativa.)* Perdona si te molesto.
MAURI. En absoluto. *(El sigue paseando; ella le sigue con la vista. Se oyen voces dentro. Elena se levanta. Los dos miran hacia la puerta.)*
CASIM. *(Dentro.)* ¡He dicho que no se puede!... ¡Tenga la bondad de esperar!
ROBER. ¡El señor presidente!. . Déjeme ver al señor presidente...
CASIM. ¡Deténgase!... ¡No se puede entrar así! *(Llega Roberto al foro, y al ver a Mauricio se desconcierta.)*
ROBER. Per... per... perdone el señor presidente... Per... done... vuecencia... ¿Mi... mi novia?
MAURI. ¿Eh?... ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¿Qué desea?
ROBER. *(Muy azorado.)* Señor presidente... Soy Roberto Grim, auxiliar de la Presidencia del Consejo de Ministros, y vengo a rogar a vuecencia que no se lleve a mi novia...
MAURI. ¿Está usted loco?
ROBER. No diré que no, señor presidente... ¡Pero la amo! Es mi única excusa... ¡Justina es mi vida... y vuecencia se la lleva!...
MAURI. Pero esto es absurdo.
ROBER. Sí, señor. Habiendo tres taquígrafos allí... Me han dicho que vuecencia la ha mandado llamar para llevársela de viaje... Y es mi prometida... He

venido a rogar a vuecencia que no se la lleve... Corriendo como un desesperado... No he querido tomar tranvía ni taxi por llegar antes...

MAURI. *(Seco.)* ¿Cómo siendo usted un funcionario del Estado se atreve a hablar así al presidente del Consejo de Ministros, a penetrar de esta forma en esta casa?

ROBER. Perdone vuecencia... Yo sé que entrar así... es inadmisible... Pero soy un enamorado... No ignoro que esto equivale a la cesantía..., que me he jugado el empleo; pero no me importa... Para mí lo primero es mi Justina...

ELENA *(Acercándose a él.)* Tranquilícese usted... El hombre que se juega el porvenir por una mujer, merece ganarlo.

ROBER. ¡Señora!

ELENA *(Hace sonar el timbre. Al aparecer Casimiro.)* En el despacho espera una señorita, Casimiro. Hágala usted pasar aquí. *(Casimiro se inclina y vase lateral izquierda.)*

JUSTIN. *(Que sale de dicha lateral siguiendo a Casimiro.)* A sus órdenes, señor pre... *(Queda cortada al observar que ellos no le hacen caso y ver a Roberto. En voz baja.)* ¡Roberto!

ROBER. *(Rápido y mirando con recelo a Mauricio.)* He venido por ti.

JUSTIN. ¿Por mí?

ROBER. Viajecitos..., no...

JUSTIN. *(Cariñosa.)* Roberto..., comprende..

ROBER. Sólo una cosa: que te quiero demasiado.

JUSTIN. Tonto... *(Se han cogido las manos.)*

MAURI. Señor Grim, puede usted llevarse a su novia.

JUSTIN. *(Al quite.)* ¿El señor presidente nos permite retirarnos?

MAURI. Me parece oportuno...

JUSTIN. Muchas gracias, señor presidente...

ROBER. *(Marcando el mutis.)* Perdone vuecencia. Ha sido el amor...

MAURI. Ya hablaremos de eso..

JUSTIN. *(A Elena.)* Señora. Influya usted para que no castiguen a Roberto.

ELENA Váyase tranquila; lo más que puede ocurrir es que le suban el sueldo. *(Hacen mutis, dando las gracias a dúo a Elena, que les ve marchar con una sonrisa triste. Mauricio, aparte, pasea. Entra Casimiro, que trae una tarjeta en una bandeja. Se la presenta a Elena. Esta la lee atónita.)* Fernando Rhubel... ¡Qué cinismo! ¿Y qué quiere este caballero?

CASIM. Ver a la señora duquesa...

ELENA *(Volviéndose a Mauricio.)* ¿Para qué desea verme este hombre?

MAURI. El te lo dirá.

ELENA No le recibo.

MAURI. Creo que debes recibirle.

ELENA ¿Tú? ¿Tú crees que debo recibirlo?

MAURI. Ciertamente... Debes recibirle puesto que no solicita verme a mí. *(A Casimiro.)* Que espere. *(Mutis Casimiro.)*

ELENA No te entiendo... Confieso que cada vez te entiendo menos...

MAURI. Es posible.

ELENA Me maravillas...

MAURI. Ese hombre viene a verte por mi mandato.

ELENA ¿Por?... ¿Le has obligado?

MAURI. Sí...

ELENA ¿Por qué?

MAURI. Porque era preciso. Te ha de pedir perdón...

ELENA ¿Le has exigido? *(Transición.)* ¿Y cuándo ha sido eso?

MAURI. Cuando... he podido exigírselo... Recíbele... Te ha ofendido... Vas a salir de esta casa... Justo es que antes tu marido te dé esta satisfacción. *(Hace sonar el timbre. A Casimiro que entra.)* Que pase el señor Rhubel *(Mutis Casimiro)* Perdóname: no he sabido arreglarlo de mejor manera... *(Se inclina galante y vase por una lateral. Elena da luz, iluminando la estancia, y se sienta cerca de la chimenea, de espaldas a la puerta del foro. Pausa. Entra Rhubel, pálido, con un brazo en cabestrillo. Viste levita.)*

RHUB. ¡Señora!

ELENA *(Displicente.)* Buenas noches.
RHUB. Extrañará a usted seguramente mi visita...
ELENA No lo niego...
RHUB. He venido, señora, a solicitar su perdón. Esta mañana cometí la insensatez de agraviarla...
ELENA No siga usted, se lo ruego. Es preferible no hablar de eso. Si ha venido a solicitar mi perdón...
RHUB. ¡Señora!
ELENA ... lo tiene usted... ¿Alguna otra cosa?
RHUB. Decirla, señora, que me siento avergonzado y sinceramente arrepentido...
ELENA *(Tendiéndole indiferente la mano.)* Adiós, señor Rhubel. *(Al adelantarse el señor Rhubel a besarle la mano, Elena repara que lleva el brazo en cabestrillo.)*
RHUB. Señora...
ELENA *(Asaltada por una idea.)* ¿Qué le ha ocurrido en el brazo?
RHUB. *(Desconcertado.)* ¿Que... qué le ha ocurrido a este brazo mío? Nada, nada... No merece la pena... Un leve percance.
ELENA *(Inquisitiva.)* ¿No será un lance?
RHUB. No, no...
ELENA Dígame la verdad. . Necesito la verdad. No sólo obtendrá usted mi perdón, sino mi agradecimiento... *(Con ansiedad.)* Mi marido...
RHUB. Por Dios, señora. . Su marido es el presidente del Consejo de Ministros... ¿Lo olvida usted?
ELENA *(Cayendo en la desilusión.)* ¡Es verdad! ¡Lo olvidaba!...
RHUB. Un presidente del Consejo no se bate...
ELENA *(Tendiéndole la mano.)* Perdone usted mis sospechas...
RHUB. *(Le besa la mano.)* A sus pies, señora. *(Hace mutis. Elena queda pensativa.)*
ELENA *(Murmura.)* Un presidente del Consejo no se bate... *(Suena el timbre. Una llamada especial. Entra Amalia.)* ¿Está todo arreglado?
AMAL. Todo, señora.
ELENA Bien; gracias. Puedes retirarte.

AMAL. *(Se detiene. Tímidamente.)* ¿Se va a marchar la señora esta noche?...

ELENA *(Con un suspiro.)* Sí, esta noche. *(Amalia la mira. Tiene un gesto de afecto pero no se atreve a exteriorizarlo.)* Di a Casimiro que mande preparar el coche.

AMAL. Al momento, señora... *(Hace mutis. Entra Mauricio cuando ella se dirige a su cuarto.)*

MAURI. ¿Se marchó el señor Rhubel?

ELENA Hace un momento. *(Pausa brevísima.)*

MAURI. ¿Te pidió perdón?

ELENA Sí... Gracias...

MAURI. Perfectamente. *(Se dispone a salir. Pero se detiene al oirse llamar.)*

ELENA ¡Mauricio! *(El se vuelve.)* El señor Rhubel está herido en un brazo.

MAURI. ¿Un brazo?

ELENA Sí...

MAURI. *(Indiferente en apariencia.)* Algún accidente.

ELENA *(Sin dejar de mirarle.)* Eso me ha dicho. Mauricio...

MAURI. ¿Alguna otra cosa?

ELENA El señor Rhubel ha venido por tu mandato.

MAURI. Era su deber.

ELENA Pero tú se lo has impuesto.

MAURI. Sí.

ELENA ¿Cuándo?

MAURI. Esta tarde.

ELENA ¿Cómo?

MAURI. Le he pedido que viniera...

ELENA ¿Y por qué te ha obedecido?

MAURI. *(Disimulando su confusión.)* ¿Por qué? *(Buscando una salida. Sonriente.)* ¿Olvidas, Elena, que soy el presidente del Consejo de Ministros?

ELENA Tienes razón. *(Se dirige a la lateral.)*

MAURI. ¿Te retiras?

ELENA He de ultimar algunos detalles para el viaje.

MAURI. *(Vacila, pero se contiene.)* ¿Es firme tu propósito de marcharte?

ELENA Firmísimo...

MAURI. Bien. Sea. Hágase tu voluntad... aunque me des troces...

ELENA *(Mirándole.)* ¿Políticamente?...

MAURI. Políticamente...

ELENA *(Con despecho.)* Sobre todo eres sincero. Mal cualidad para un político. *(Amalia entra por e foro llorando con gran desconsuelo.)*

AMAL. Ya... ya... ya...

ELENA ¿Qué es eso?

MAURI. ¿Qué le ocurre a usted?...

AMAL. Ya... ya... ya...

ELENA ¿Qué?

AMAL. Ya no me caso.

MAURI. ¿Cómo?

AMAL. No me caso.

ELENA ¿Por qué?

AMAL. El... Gobierno ha caído.

ELENA ¿Eh?

AMAL. Ha caído... El se... ñor... pre... si... dente pre senta hoy la dimisión.

MAURI. ¿Qué dice?

AMAL. *(A él.)* ¿No lo sabe... el señor presidente?

MAURI. ¿Pero está usted loca?

AMAL. No, señor... Acaba de decírmelo mi novio... que lo sabe...

MAURI. *(Más nervioso de lo que quiere aparentar. Ha ciendo sonar el timbre.)* ¡Esto es estúpido!

AMAL. Sí, señor. Ahora que iba a casarme...

ELENA ¿Pero estás segura?

AMAL. Sí, señora duquesa... Mi novio no se equivoc nunca..., más que cuando hace cálculos de ma trimonio. ¡Ay, Dios mío, Dios mío!...

MAURI. Es imposible. ¡Si toda la Cámara estaba co el Gobierno...

AMAL. *(Haciendo mutis.)* ¡No voy a poder casarm nunca!...

MAURI. *(A Casimiro, que entra.)* Casimiro, mi coche pronto.

CASIM. El señor Demontal y otros señores desean se recibidos.

MAURI. ¡Demontal! Que pasen. *(Mutis Casimiro foro. A Elena.)* Perdóname otra vez.

ELENA *(Marcando el mutis por la derecha.)* Me paso la vida perdonándote.

MAURI. Pues quédate.

ELENA No tengo gran interés. *(Por el foro, Demontal, marqués de Rigart, Arnault, Poret y otros políticos.)*

ANTO. Señora... Traigo una noticia...

RIGART *(A Mauricio.)* ¡Querido presidente! ¿Cómo va? *(Los otros personajes simulan saludar a Mauricio, y, entretanto, Demontal habla con Elena.)*

ANTO. Una noticia que acaso le sea agradable.

RIGART ¿Noticia agradable? ¡No me diga más! Algún nuevo éxito del Gobierno. ¡No me diga que no!

ANTO. ¡Yo no digo nada, marqués!

RIGART Un triunfo más. Lo preveo, lo adivino. ¡Cuánto celebro habernos encontrado abajo! *(Aparte a Arnault.)* Porque nos enteraremos de lo que ocurre. *(Alto.)* ¡Oh este Arthal, un gran gobernante!

ARNA. ¡Vale mucho!

MINIS. ¡Mucho! *(Demontal simula notificar a Elena algo que a ésta le agrada mucho.)*

RIGART *(A Mauricio.)* Sí; llegaba yo en mi coche a la puerta de su casa con estos amigos, cuando Demontal se apeaba del suyo.

MAURI. Me agrada mucho verles por aquí.

RIGART ¡Caramba!, ¿se puede saber lo que ha sido de usted?

MAURI. ¿Pues?...

RIGART No ha ido usted por la Cámara...

ARNA. Y aquello estaba hoy movido.

PORET Muy movido.

RIGART Movidísimo...

MIN. 1.º Estábamos intranquilos.

ARNA. Se preguntaba por usted...

MIN. 2.º Cada cual decía una cosa.

RIGART Y nadie sabía dónde se encontraba...

PORET Se aseguraba... Se decía...

RIGART ¡Bah! Pero, afortunadamente, no era cierto. Hele aquí sano y salvo.

MAURI. No he podido ir, en efecto, por la Cámara. Asuntos urgentes...

RIGART Ya, ya... Pero yo creí un deber de amistad comprobar el rumor... Estaba intranquilo y abandoné la Cámara. Estos amigos quisieron acompañarme... En la Presidencia no sabían nada...; en la otra Cámara, tampoco...

ANTO. *(A Mauricio.)* Para ti, la noticia que traigo es mala.

MAURI. Crisis. *(La escena que sigue es muy rápida. Mauricio quiere evitar que Elena sepa que se ha batido, y constantemente le chafa y pisa la frase a D'monta!.)*

ANTO. ¿Cómo lo sabes?

MAURI. Me lo acaba de decir una doncella.

ANTO. Buen correo.

MAURI. ¿Qué ha ocurrido?

ANTO. Lo que era de prever teniendo en cuenta tu actitud.

MAURI. *(Cortándole.)* Lo mío no interesa. La sesión.

ANTO. Plácida en su primera mitad. Se dormitaba, se consumían caramelos... Pero sin que se sepa cómo, cundió el rumor..., rumor que afirmaba tu ausencia.

MAURI. *(Cortando.)* Al grano, al grano. Eso no tiene importancia...

ANTO. ¿No tiene importancia?

MAURI. Ninguna.

ANTO. ¿Pero qué es el grano para ti?

MAURI. El fondo, la medula del asunto...

ANTO. La medula. Que Florell, incondicional de Rhubel, como sabes, ha hecho traición al pacto, impugnando ferozmente el proyecto de ley... Y la votación en aquel ambiente desfavorable ha resultado desastrosa. De nada sirvió que pusiera los peones en movimiento... Ha sido una puñalada de pícaro. Pero la culpa es tuya... Si no hubieras...

MAURI. *(Cortándole la palabra.)* ¿De modo que es necesario dimitir?

ANTO. Al momento.

ARNA. *(Sentándose desilusionado, aparte.)* ¡Ya no soy ministro!

MAURI. Perfectamente. Dimitiremos.

ANTO. No sirves para presidente.

ARNA. *(Aparte al marqués de Rigart y demás ministros.)* ¡Claro que no sirve!

RIGART *(Aparte a Arnault.)* ¡Qué ha de servir! ¡Pero si este Arthal ha sido siempre un calabacín!

MIN. 1.° ¡Si el programa era una estupidez!

ANTO. *(A Elena.)* ¡No sirve para presidente, señora!

ELENA Desconozco la política; pero lo afirma usted que es una autoridad...

RIGART *(Aparte a Arnault.)* Yo creo que aquí no hacemos nada. *(Se dispone a salir.)*

MAURI. No hace un mes afirmabas en esta misma habitación que yo era el único...

ANTO. Me pareciste aprovechable para un Gobierno puente. No suponía que pudieras anteponer tus sentimientos personales...

MAURI. *(Cortándole.)* ¿Quién me sucede?

ANTO. Rhubel.

RIGART *(Apenas ha oído el nombre de Rhubel, a Arnault y los otros.)* Repito que aquí no hacemos nada. *(A Mauricio y Demontal.)* Señores, han de perdonarme... Con gran sentimiento les dejo. *(A Arnault y los otros.)* ¿Ustedes se quedan? Si quieren, les vuelvo en el coche a la Cámara.

ARNA. Encantado. *(Marqués de Rigart, Arnault y los otros se despiden de Elena, Demontal y Mauricio.)* Y naturalmente, querido duque, que mi cartera está en sus manos.

MAURI. Vayan ustedes luego por la Presidencia y redactaremos la dimisión.

RIGART *(Haciendo el mutis con Arnault y los otros por el foro.)* ¡Dimisión! ¡Qué mal suena siempre esa palabra!

MAURI. ¿De modo que Rhubel, jefe del Gobierno?

ANTO. Sí; como, según todos los indicios, no es ex-

traño a la traición, conviene largarle la Presi dencia para que se estrelle de una vez. Así dentro de poco, el país comprenderá que no ha más que un único presidente del Consejo d ministros.

MAURI. Antonio Demontal.

ANTO. Tú lo has dicho. Un presidente que no abando na su puesto, como tú, en un momento de pe ligro...

MAURI. *(Cortándole.)* Se trataba de un asunto gravísimo

ANTO. No hay nada más grave que la Presidencia...

MAURI. Tú sabes...

ANTO. Yo sé que un presidente del Consejo de minis tros no se bate...

ELENA ¿Eh?...

ANTO. Tu mujer ha de comprenderlo, aunque le hala gue que por ella...

ELENA ¡Se ha batido!... ¿Por mí? ¿Te has batido po mí? ¿De modo que tú, mientras yo dudaba ¡Perdóname, Mauricio, perdóname!... *(Se arro ja en sus brazos sollozando.)*

ANTO. ¿No lo sabía?

MAURI. No lo sabía.

ANTO. ¡Plancha!

ELENA ¡Te has batido!...

ANTO. Se ha batido, señora... Se ha dado esa satisfac ción a cambio de la Presidencia.

ELENA *(Afianzándole de la muñeca herida.)* ¡Mauricio

MAURI. *(Ahogando una queja, como si se hubiera hech daño en la herida.)* ¡Ay! No tan fuerte, Elena

ELENA *(Ahogada por el dolor.)* ¿Qué? ¡Dios mío! ¿Es tás herido?... A ver esa mano ..

MAURI. No es nada... Un rasguño...

ELENA Me engañas... Tratas de engañarme... *(Se dir ge hacia la puerta.)* ¡Un médico, en seguida un médico!...

MAURI. Pero, Elena..., no te inquietes... Me ha visto un médico; me ha curado...

ELENA No, no; tratas de tranquilizarme...

MAURI. Te aseguro que no tiene importancia. *(Juega muñeca.)* Mira...

ELENA *(Muy amorosa.)* ¡Perdóname, Mauricio! ¡T

pido que me perdones! Eres mejor que yo... Pero te prometo matar el egoísmo... En adelante seré tu mujercita humilde que no se opondrá a que sigas tu camino... Te alentaré..., seré otra... Y si sales, y me dejas, aguardaré tu regreso con los brazos abiertos. ¡Dime que me perdonas, que me quieres!

MAURI. ¿Has podido dudarlo?

ELENA He sido egoísta. Me avergüenzo.

MAURI. *(Poniéndole una mano en la boca y señalando a Demontal, que prudentemente se ha retirado a un rincón.)* ¡Chis! Nos oyen.

ELENA Perdóname. *(A Demontal.)* Y usted también, señor Demontal. No he sabido reportarme.

ANTO. Al que hay que perdonar es a mí, que estoy estorbando... Y me retiro... *(Dándole la mano.)* Señora..., me felicito de esta crisis por usted... En cuanto a su esposo...

MAURI. También.

ANTO. ¿Qué piensas hacer ahora?

MAURI. No lo sé.

ELENA Yo, sí... *(Suena un timbre, a cuya llamada acude Amalia.)* Verá usted... *(A Amalia.)* Enciende la chimenea. ¡La quiero bien encendida! ¡Bien encendida! *(A Mauricio, llevándole hacia la chimenea.)* Tú aquí, a mi derecha...

MAURI. ¿A la derecha?

ELENA Ahora que dejas de ser gobernante, comienzas a gobernar para mí... Y el Gobierno, siempre a la derecha...

MAURI. *(Sonriendo.)* ¿Y tú en la oposición?

ELENA Una oposición que te va a dar muy poquita guerra... ¡Muy poquita!...

MAURI. ¡Elena!

ELENA *(A Demontal.)* Vamos a cumplir «el programa político»... *(Abrazando a Mauricio.)* ¡Porque ahora sí que me gusta el programa!...

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero
10. *Las canas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñez Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Jorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini* por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñez Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.

52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.

53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.

54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.

55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.

56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.

57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.

58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.

59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.

60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.

61. *El azar*, por Federico Oliver.

62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.

63. *Los hijos del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.

64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.

65. *...Y después?*, por Felipe Sassone.

66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.

67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.

68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.

69. *El último mono*, por Carlos Arniches.

70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.

71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.

72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.

73. *La jaca torda*, por José Mayral.

74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.

75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.

76. *Poco rosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.

77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.

78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).

79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.

80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.

81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.

82. *«En Aragón hi nacio»*, por Arniches y García Marín.

83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.

84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.

85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. P. Fernández.

86. *Todo tu amor, o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.

87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.

88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.

89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.

90. *La cantora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.

91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.

92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

93. *La neña*, por Federico Oliver.

94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.

95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.

96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.

97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.

99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.

100. *La venganza de la Petra* o *Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.

101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.

103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.

104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.

105. *Yo, tú, él... y el otro... y Noche de amor*, por Felipe Sassone.

106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.

107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linarea Rivas.

108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyc y Juan Ignacio Luca de Tena.

109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.

110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.

111. *La juerga*, por Federico Oliver.

112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.

113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.

114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y F. Méndez de la Torre.

115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.

116. *¡Calla, corazón!*, por Felipe Sassone.

117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.

118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.

119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.

120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.

121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.

122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.

123. *La virgen del Infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.

124. *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.

125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.

126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.

127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.

128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.

129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.

130. *Paloma*, por Felipe Sassone.

131. *El doctor Frégoli*, por Erzeinoff, versión de «Azorín».

132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viú.

133. *Un caballero español*, (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.

134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.

135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.

136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cueata.

137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».

138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.

139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.

140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.

141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta (hijo).

142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.

143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.

144. *Aire de fuera*, por Manuel Linarea Rivas.

145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.

146. *La protegida*, por Manuel Fontdevila.

147. *Maitena*, por Etienne Decrept.

148. *Olá Spain*, por «Azorín».

149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.

150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.

151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.

152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.

153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.

154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.

155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.

156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.

157. *Comedia del arte*, por «Azorín».

158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.

159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.

160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.

161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.

162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.

163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.

164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.

165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.

166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».

167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.

168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.

169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.

170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.

171. *Lo invisible*, por «Azorín».

172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.

173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.

174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.

175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.

176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.

177. *«Parodi y Compañía»*, por Sabatino López.

178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.

179. *La picara molinera*, por Asenjo y Torres del Alamo.

180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.

181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.

182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.

183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.

184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.

185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.

186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.

187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.

188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.

189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.

190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.

191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).

192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.

193. *Hidalgo Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.

194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.

195. *El marido de la señorita*, por Lrégely Gábor.

196. *Ternura*, por Henri Bataille.

197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.

198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.

199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.

200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.

201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.

202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.

203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.

204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.

205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.

206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.

207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.

208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.

209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluido o guardado*, por M. Linares rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224 *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan las rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de la Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Moris.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores*, por José Feliú y Codina.
259. *Lo positivo*, por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador*, por A. García Gutiérrez.
261. *El señor feudal*, por Joaquín Dicenta.
262. *El rey Galaor*, por Francisco Villaespesa.

PM